

Así

(Novela)

I

Enracimados en la borda, contemplan los pasajeros la ascensión difícil. Está la mar picada y hay que aprovechar un cabeceo propicio para ascender la camilla cuidadosamente. Al pie de la escala se agrupan multitud de botes, aguantándose contra los maretazos, firmes, con los bicheros cogidos a las portillas abiertas. Es una aglomeración confusa, un entrechocar sordo, adivinado, más que visto, en las sombras de la noche, cerrada ya. Es una gritería loca, en la que el dulce acento argentino contrasta irónicamente con los arrebatos y las injurias.

Arriba, en la meseta de la escala, a la luz de un arco voltaico, un mocito, con quevedos de oro, indica al sobrecargo el pasaje que viene a su custodia:

—Mi madre y esta señora, la hermana y la esposa de... —dice, indica a las dos mujeres y, sin acabar la frase, señala la camilla depositada en cubierta, entre un grupo de curiosos.

—¿Y el señor?... —pregunta con un gesto, más que con palabras, el sobrecargo, refiriéndose a un hombre de unos treinta años, alto y enjuto, que ha subido detrás de las dos mujeres. El desconocido oye la pregunta y acude:

—No. Yo voy solo.

Y mientras el mocito de los quevedos se escurre entre la multitud, el hombre que va solo abre una cartera y ofrece, con una mano larga, toda huesos, su pasaje.

II

Las dos mujeres hablan con el doctor.

La de más años, la que el mocito señaló como madre suya, es chupada y pequeña; tiene las manos gesticuladoras, la mirada indefinible, rápido el girar. Es una de esas personas que para ser queridas han de probar primero que no son malas; una pobre mujer que se ha secado por dentro, como fruto verde caído al pie del árbol.

La otra, mucho más alta y joven, la domina con su juventud y su desdén. Por sobre su cuerpo gentil y florecido parece haber pasado una ráfaga de desolación, trocada ya en costumbre. Bajo el cabello rubio y el velo de la toca, plegado sobre las cejas, sus ojos verdes guardan el desconsuelo de un antiguo sufrir. Son tristes, con la resignación amable de las almas alegres que, sin ser desgraciadas, no han llegado a ser dichosas en la vida...

—¿Y entonces? —insinúa la vieja, desconcertada, mirando al doctor.

El doctor procura persuadirlas. No es posible instalar al enfermo en la cámara. Sería una molestia para todos: para el enfermo mismo y para el pasaje. Se trata de una dolencia muy dolorosa. Ellas, las señoras, lo comprenden. En la enfermería hay departamentos de lujo donde se encontrarán mejor. La Compañía no ha podido hacer más. No acostumbra admitir pasajeros en tan grave estado.

—¿Y para velarle?... —¡Martínez! ¡Eh! ¡Martínez!

Una muchacha, vestida de seda cruda, ataja la contestación del médico. Habla precipitadamente, con frases cortas. Y mientras habla, se recoge, bajo el rodete del cabello negro, unos rizos que el viento deshace.

—El inglés me ha desafiado. ¡Van cinco pesos! ¡Verá qué trote!

Y la muchacha se escabulle por una de las escaleras de la cámara, tras de un saltito de pájaro, que deja entrever, en el frufrú de los refajos rojos, una pierna frágil.

Las dos mujeres se interrogan ¿Qué hacer? No hay más remedio: aceptado. La comitiva se pone en marcha. Mas el mocito de los quevedos de oro, que llega de la estiba de revisar los baúles, la detiene. ¡No! ¿Por qué a la enfermería? El doctor repite las razones ya expuestas. El mocito insiste: hablará con el capitán.

—Son órdenes del capitán y de la casa —advierte el médico, y añade, algo amoscado— : Y son disposiciones mías también...

Y la camilla avanza de nuevo. El camino que sigue no es el más cómodo, pero sí el más breve. Van por el pasillo de máquinas, a lo largo del cual brillan, con la tersura de los hules y caobas, los camarotes de la oficialidad, abiertos. Sentado a una mesa un maquinista escribe en un libro; más arriba un oficial, llegado de tierra, se muda las botas; más allá el cura, absorto y sentado en el borde de la litera, sacude, con un meñique, la ceniza de un puro. A proa, en la boca oscura del pasillo, moscardonean los marineros que cierran una escotilla. Las dos mujeres marchan aturdidas por el tufo de los guisos y el vaho del vapor que puja en los tubos de las calderas, tras de los mamparos ardientes de los hornos...

III

El hombre de las manos largas mira atentamente el grupo que se aleja pasillo adelante. Mueve inquieto los brazos y las piernas; salta de gozo; mucho ha esperado ¡mucho!; pero, al fin, la suerte, piadosa esta vez, le aparta un obstáculo del sendero de su vivir, tan lleno de amarguras. Junto a las dos mujeres, por varias frases cogidas al vuelo, se ha enterado de todo. El americano no estará en la cámara. Habrá que velarle. Para ello establecerán un turno. María Rosa gozará, así, de mayor libertad. Hablarán. ¿La convencerá, tal vez? ¡Qué tal vez! ¡Seguramente!

Y Chin (1) Belzunce, convencido de pronto, y como de costumbre, por su mismo deseo, cierra los puños, se abre de codos y se lanza, en actitud de conquista, a través del pasaje, que se arremolina en el entrepuente. Se embriaga con su propio optimismo. Empuja a una mujer, interrumpe una conversación, vuelca una jaula, donde unos pájaros extraños chillan y revolean, destrozándose las alas, locos de terror.

—¡Di adiós, desgarbao!...

Chin se vuelve. Es Soledad, una gaditana, una aventura suya, cotizabile y casi olvidada.

-¿Tú?

(1) *Juaquín*

—¡Sí, yo! ¡Qué te crees! Me voy también para las Euro-pas. Me ha salido un millonario. Díselo al panoli de tu primo para que se afile la nariz y pierda las vidrieras...

—¡Ya se lo dirás tú!

—¡Ay, qué gracia! ¿Pue no sabes? Le ha dao por hacerme el amor por lo fino. Y lo siento. ¡Si ése le atrapa!... —¿Ése? ¿Quién?

—Mi arrimo. Si le guipa le rompe la grillera. Ése no es millonario, pero es muy bruto.

—Bueno. ¡Adiós!

—Pero ¿dónde es el fuego? En tercera preferente voy. ¿Nos veremos?

—¡Bien! Nos veremos.

IV

Y de repente, en las chimeneas, altas como torres, estalla la bocina en un alarido salvaje que apaga el clamor de la multitud y repercute en la costa.

El trasatlántico se va.

Junto a la escala hay abrazos que no concluyen; espaldas trémulas al romper de los sollozos; besos largos, besos que son, y no quieren ser, los últimos; despedidas mudas, adioses para siempre que renuevan el dolor y arrasan en llanto las pupilas de los pasajeros, que allá, en otras tierras, dejaron, días antes, otros amores...

En los costados se cierran con estrépito los portalones. A proa gira el molinete del ancla, a intervalos vertiginoso. En el puente suena el timbre de máquinas: ¡Rin!... — dice— ¡Rin!... ¡rin!... —le responden. El Italia se emproa poco a poco, con sus cien luces, como una ciudad flotante, hacia la mar. Y allá en el cielo de América, claro a la luz de la luna invisible, pero ya cercana al horizonte, un lucero ilumina, solitario, la ruta de Europa.

Los pasajeros descansan en el entrepuente, a la luz de las bombillas, junto a los comedores. Bajo el techo blanco y en las sillas de lona sus cuerpos se alargan, en la muda quietud de un campamento de paz. De cuando en cuando, al abrigo de las mantas, se ahoga una tos o se mueven unas piernas, estremecidas por los escalofríos del relente. En el misterio de los chales los ojos soñolientos no concluyen de dormirse, distraídos y furibundos contra un inglés que viene y va, paseando su sombra de gigante por sobre las sábanas de espuma que el trasatlántico deja a través de la noche.

Y hay en todo el barco un reposo profundo. Es la impresión de las grandes rutas que comienzan, y que mantiene al pasaje callado y en suspenso como en la contemplación de un panorama sinfín. Es la media hora fatal en todo principio de viaje; el paréntesis de silencio en que cada cual sospecha la inutilidad de su inquietud, de este ir y venir por el mundo en que navegamos perdidos ¡quién sabe adonde!

VI

Y, como siempre, al encontrarse Chin cara a cara consigo mismo, habla a solas, a ratos en serio, a ratos en burla:

«La especie se aburre. (Mirando al pasaje). ¡Qué jetas! ¡Vaya una cosa triste! En cuanto la humanidad medita o no sabe qué hacer, pone hocico de imbécil. (Pausa). Bueno, ¿y si echásemos un pitillo? ¿Qué opinas tú, Belzunce? (Busca la petaca). ¡Ya la dejé en el camarote! ¡Ea, no fumas! (Balanceando una pierna montada en la otra). Nos miraremos la punta del pie. ¡Después de todo, ése debió de ser el entretenimiento de los sabios antes del uso del pitillo! Influencia del pulgar en las teorías filosóficas. ¡Un buen tema! (Siente Belzunce que la tristeza le asalta). Mira, Belzunce, no te pongas trágico. Tú te prometiste, hace tiempo, ser un hombre frívolo ¡y no cumples, no! En cuanto te descuidas te vas de bruces en la pseudo-filosofía de este pseudo-vivir tuyo. Porque esto no es vivir. ¡Conformes! Hace dos años que, por este mismo camino, llegaste a América. ¡Y vuelves a Europa, a tu pueblo, sin resolver nada! Has luchado, has trabajado, has sufrido, te has emperrado, quieras que no, en ser optimista. Y en el fondo ¿qué? No has logrado ni la más humilde de tus ambiciones, ¡Y ésta sí que no es una pseudo-verdad y éste sí que no es un pseudo-dolor!

(Al cabo de una hora de molestar al pasaje se marcha el inglés a la cubierta alta. De entre mantas y chales brotan suspiros de satisfacción. Pero de pronto, sobre el entrepuente, resuenan, en largo trote, unos pasos recios: el inglés ha cambiado de pista. ¡Desencanto! ¡Indignación general!)

Fastídate, Belzunce. Forzaste la vida, y la vida se ha vengado. Le exigiste la felicidad demasiado pronto. Quisiste ser feliz a tu manera y no como ella te hubiera hecho, quizá. Fuiste un impaciente. Emprendiste todos los rumbos. Y ahora, a los treinta años, no eres nada, no eres nadie. El deseo te ha agotado. Pusiste todas tus energías en tus esperanzas y no en tus acciones. Has vivido a costa de la imaginación; y al despertarte te encuentras sin armas para defenderte. Nada te satisfizo; y ¡ambicionaste todo!... Hasta que un día, en aquellos días horribles en que Rosa se marchó, te dijiste —como gracia concedida al Destino, obligado, según tú, a hacerte inmortal—: Bueno, seré uno de tantos. Y ya ves: corre el tiempo, se va la vida, y no logras lo que cualquiera alcanza...»

VII

En el entrepuente repiquetea apresurada una campana de metal. Son las nueve de la noche: hora del té. Crujen las sillas. Algunos pasajeros se incorporan. Un camarero se acerca solícito a Belzunce.

—Señor, ¿el té?...

La oficiosidad del mozo enoja ligeramente a Chin. Le molesta que le tomen por un novato en la vida de a bordo.

Se decide a demostrar al camarero su experiencia de turista. Le llama:

—¡Oye! ¿Has de ser tú quien ha de servirme?

—Yo seré, señor...

Belzunce tiene entonces un rasgo: alarga una pierna, saca del bolsillo del pantalón dos pesos y, con desdén de potentado, los ofrece al mozo. Es un anticipo de la propina, una precaución de viajero ducho. Se levanta, y a la puerta del comedor, Chin —el otro Chin que comenta, interiormente y con sorna, su propia vida— murmura en sus adentros: «¡Eres un pobre diablo!».

Los pasajeros se agrupan alrededor de las mesas. Vienen unos como a desgana, embuten la gorra en un bolsillo del abrigo y se dejan caer en las sillas. Otros llegan alegres, discutiendo un lance del tresillo. Otros mareados, avanzan poco a poco, agarrándose a las columnas y a las mesas, con cara de asco y el pañuelo en la boca, tras de los camareros, que les indican el sitio que han de ocupar durante el viaje. Chin mira y observa. ¡El debut de los pasajeros recién embarcados! Los reconoce sin dificultad entre los otros viajeros antiguos, que bromean y ríen como amos del Italia. A un lado, los tímidos, los que se sienten cobardes al verse solos en un buque extraño, los que, desde un extremo de la mesa, mendigan una sonrisa, ofrecen el azúcar en vez de la sal y dicen que sí a lo que no entienden ni oyen tal vez. A otro los adustos, los fuertes, los que se concentran, los que no imploran conversación y reanudan a bordo, desde el primer momento, la vida suya; los que impasiblemente sacarán un revólver al primer pánico; los que Belzunce mira con simpatía a esta hora en que sus propios sufrimientos le hacen sentir más a lo vivo la hostilidad de la especie.

Mañana o pasado se mezclarán todos estos pasajeros que no se conocen. Cada cual escogerá su grupo favorito, esas amistades de viaje que no se reanudan nunca y que se extinguen al punto a la vista del puerto, cuando otros cariños más hondos y otras preocupaciones más nuestras nos recobran...

VIII

Acabó el té. En los espejos se prolonga el gran salón, casi vacío. La electricidad destella en la porcelana de las tazas y en la caoba de los sillones. Sentado debajo de una portilla abierta, Belzunce percibe el burbujear del agua que el trasatlántico corta en su camino. El viento de alta mar llega de tarde en tarde, a soplos lánguidos. Y en una mesa, en medio de un grupo de inglesitas que ríen, bañando en plena luz la carne dorada de sus escotes, se deshoja un ramo de rosas mustias, como un comentario a la brevedad de las horas felices...

La alegría de Chin Belzunce se ha disipado en uno de esos tránsitos repentinos tan frecuentes en los caracteres impetuosos. Durante el té su mirada ha permanecido fija en las puertas, aguardando a alguien que no viene. Ahora, recogido en sí, oye, más que escucha, la conversación de dos pasajeros que discuten el suicidio de una mujer relatado en un periódico.

—Y sin embargo —dice uno de ellos, solicitando con los ojos la opinión de Belzunce, muchos hombres deben su porvenir a una pasión desgraciada. Un cariño contrariado es un gran estímulo en la vida.

El desconocido se muestra satisfecho de esta última afirmación suya. Es de los ciudadanos que no rehuyen decir cualquier tontería con tal de redondear una frase sonoramente. Belzunce, que está de mal humor, contesta con displicencia.

—Eso, en el teatro. Una pasión contrariada es una gran desgracia para cualquier hombre.

—Ya, el cariño... Cuanto más se ama...

—No, yo no hablo del amor. El hombre que se empeña en lograr a una mujer se inutiliza para todo y para siempre. Se acostumbra a aplazar todos sus buenos propósitos para luego de haber conseguido su deseo. Y mientras tanto, en la interinidad de ese modo de vivir, se hace holgazán, irresoluto, ¡un desgraciado!...

Los pasajeros, sorprendidos por el tono autobiográfico de Belzunce, no replican. Chin advierte su extrañeza, comprende su indiscreción y añade, para disimular:

—Al menos me parece así. Y lo que digo del cariño se puede afirmar de cualquier idea fija. ¿Eh? El hombre que guarda sus mayores esperanzas para después de algo lejano y de realización dudosa, está perdido... (Pausa). Y ningún otro país mejor que América para comprender esto; y en América, Buenos Aires. Aquí (creyéndose en tierra aún), donde todos vivimos de tránsito, con el alma vuelta hacia Europa, es donde se hacen los indianos de España. Todos vienen en busca de pesos para realizar algo con que soñaron en su miseria; y todos ellos, ya ricos y en nuestro país, se contentan con ser unos figurones de provincia. Esta vida de aplazamientos les deja inútiles. Lo más que hacen es engendrar hijos perezosos y tacaños.

—Usted no negará que la emigración es una ventaja...

—Yo no lo creo. España necesita más hombres que oro. Y nuestros americanos no llevan allá más que sus pesos, que ponen a la sombra del cupón. Aquí son muy patriotas para pavonearse en la colonia y pescar alguna cruz. Pero en España no se fían de nadie ni nada les importa la suerte del país.

—¡Pero no vuelven sólo los ricos y los inútiles!...

—Bueno. Regresan también los payeses, que tanto aquí como allá continúan siendo carne de arado. Pero los hombres inteligentes y de empuje (otra vez el tono autobiográfico), los que no hacen dinero tal vez porque no quieren aplazar lo mejor de su vida, no vuelven. Se quedan aquí. Saben que allá, en España, se morirían de hambre entre la farsa de los políticos y la sordidez de los americanos de riñon cubierto.

Belzunce se sorprende a sí mismo perorando, como si se encontrara en un mitin. ¡Pues no disputa! Allá en su almario, Chin burlón aplaude irónico: «¡Muy bien, señor Belzunce!» ¡Qué le importarán a él la tacañería de los americanos y la suerte de Iberia! (Frase de los oradores de la colonia). La conversación languidece. Chin contesta ahora con monosílabos. Los dos pasajeros se miran, sin comprender este nuevo cambio del hombre de las manos largas. Los dos abandonan sus asientos y se despiden de Chin. Saludos, ofrecimientos, cortesías. Por las frases cambiadas se entera Belzunce de que uno de ellos es editor. ¿El más joven? ¿El más viejo? ¡Pse!

IX

Sin querer, por una indiscreción, Chin Belzunce ha trazado su biografía íntima. No ha referido ni un solo hecho de sus andanzas por el mundo. Pero ha dejado traslucir cómo los hechos le han transformado el espíritu.

En otra mesa próxima a la suya, un señor barbilampiño observa, a cada instante, el reloj y escribe

rápidamente. Su nariz tamaña trae a la memoria el soneto de Quevedo.

De cuando en cuando alza su faz de prior, todo optimismo, y se queda en actitud de atrapar una idea o una mosca. Tiene mondo el cráneo y en la calva brillante el punto de luz de un pomo de metal. Cada vez que yergue la testa sobre los hombros cuadrados, cráneo y cuello recuerdan el gollete de un pote de ginebra. A ratos se cansa de escribir y abandona el asiento. Y entonces Chin le mira con asombro: le ocurre al buen señor lo contrario que a la mayoría de las gentes: sentado aparenta mayor estatura que de pie. Al caminar diríase que su cráneo rueda por sobre las mesas como en un prodigio de cámara oscura. Chin le mira disimuladamente. Cuando sus ojos se encuentran, el desconocido pone cara de palique. Al ver que Belzunce no le da pretexto de charla, el hombre-pote se le aproxima:

—Dispéñeme. ¿Me haría usted el favor de decirme su nombre?

—¿Me conoce usted?...

El hombre-pote advierte que Chin juzga su pregunta como una impertinencia, y añade confuso:

—No... tengo el gusto de... Se trata de una curiosidad: colecciono apellidos.

Y luego, anotados los sobrenombres de Chin, declara, bajando la voz, con la coquetería de una mujer galante que revela un secreto:

—Ya tengo apuntados novecientos quince.

Chin abre los ojos atónitos y se le ocurre esta frase:

—¡Bonito número!

Las inglesitas abandonan el comedor y cruzan junto a Chin, arrojándose a la cara las hojas de rosas, entre el fru-fru de sus toilettes ligeras. Lejos se oye un piano, después unos violines: empezó el concierto.

—¡Por fin! —suspira el hombre-pote al verlas desaparecer—. Por culpa de ellas me he equivocado no sé cuántas veces. No puedo remediarlo: la risa ajena me da envidia. Aunque resulte indiscreto, no sé resignarme a que otros gocen sin que yo me ría también... (Pausa). Aquí no se puede escribir en ninguna parte. ¡Ni en el camarote! ¡Yo que pensaba viajar tranquilamente, sin vecinos que me molestaran!... ¡Pues no! Hoy me han colocado, en el camarote contiguo al mío, una mamá y un hijo que tienen la gracia de opinar siempre de distinto modo. Y ¿qué quiere usted? He tenido que refugiarme aquí. La madre es flaca y viva. Parece una salamandra...

En una de las puertas del comedor asoma su hocico de lagartija la madre del mocito de los quevedos de oro. Hace una seña a Belzunce.

—¡Escucha!

El hombre-pote mira a Chin; mira a la mujer y se queda estupefacto.

La vieja y Belzunce caminan un trecho y van a sentarse en un banco del entrepuente. Chin pregunta: —¿Qué hay?

—Tomás ha hablado de ti. Cree que te has quedado en tierra. Se extraña de que no te hayas despedido de él.

—Lo siento. Pero entre él y yo sobran ya los cumplidos. ¿Me avisaron ustedes que se embarcaba?

—Es que yo no veo la necesidad de que te escondas.

Chin se reprime y procura explicarse serenamente.

—Mire, tía Alina, hablemos claro: tampoco usted y yo podemos ser amigos. No lo somos ni lo seremos nunca. No valen parentescos. Nos conocemos demasiado.

—Pero, ¿te he ofendido yo?

—Precisamente por eso, por no haberme ofendido en nada, le aseguro que no seremos amigos nunca. Cuando se riñe por un motivo determinado se puede reanudar las amistades. Con usted, no.

Un silencio. Belzunce añade, en tono de zumba:

—¿Con que usted no comprende este misterio de mi viaje? ¡Qué otra cosa desearían, usted y su hijo, sino que el tío Tomás se enterara de que yo voy a bordo! ¡Figúrese! Tendría un motivo más de sospecha y una razón más para aborrecerme. ¡Nos conocemos!

—¡Haz el favor! No te dispares. También te conocemos nosotros. ¿Piensas tú que si yo no te conociera y estimara (con adulación) te permitiría que me trataras así?...

—Gracias: no necesito el perdón de usted—. Belzunce, excitado, queriendo poner fin a la conversación, se levanta.

—Pero, ¿quién te entiende? Si nada somos para ti, ¿por qué te opones a que mi hermano sepa que estás a bordo? ¿Qué te importa que se disguste?

—Y si ustedes no tienen empeño en que tío Tomás me odie, ¿a qué ese interés en que el tío sepa que voy aquí? ¿Qué les importa?

—¿Que no? ¡Vamos, hombre! Tomás se enterará. Creerá que nosotros le engañamos. ¡Mira tú! Por eso es...

—Pues que sufra. También he sufrido yo.

—Vaya, no te comprendo. Si nada te importa él, ¿para qué te escondes?

—¿Por qué? ¿Y usted me lo dice? Por María Rosa voy así. ¡Por ella! ¡Porque hay alguien entre nosotros que ha sufrido mucho y no debe llorar más! Rosa me suplicó que no me embarcara y no tuve valor para complacerla. Me rogó que, al menos, me ocultara a bordo; y le juré irme a segunda, y hasta encerrarme en el camarote y fingirme enfermo, todo el viaje si era preciso. ¡Qué me importan ustedes ni el tío Tomás! Voy así para que Rosa no pague, por culpa mía, esos celos de viejo y la mala voluntad de usted. ¡Por ella! ¡Ya lo sabe!

—Pues no tienes perdón. Eso no es más que egoísmo tuyo. Si quisieras a María Rosa no la comprometerías aquí ni en ninguna parte. ¡Lo que pensarán a bordo cuando sepan que ella es casada y que tú la sigues!

—¡Que digan lo que quieran!

—Pero ¿no juras que María Rosa es demasiado buena para olvidarse de su deber? ¿A qué vienes, entonces? Sacrifícate tú. Déjala en paz. ¡Que sea dichosa!

—¿Dichosa? ¡Y usted me lo aconseja! ¿Quién la ha hecho desgraciada más que ustedes? ¿Quién se la llevó del pueblo? ¿Quién la arrancó de su familia? ¡Diga! ¡Hable usted!

—Era libre...

—Sí; Rosa tenía la única libertad de los pobres: se podía morir de hambre.

—Nadie la obligó.

—¡Todos! Tuvo que mantener a su madre, a sus hermanos. Trabajó; no pudo más; se entregó...

—Tomás ha hecho por ella...

—¡Ya lo sé! No exigió que le quisiese, pero le impuso, como condición, la boda. ¡Y me dice usted egoísta! ¡Egoístas ustedes, que no la ampararon en su miseria, que no comprendieron toda su bondad y que aceptaron su sacrificio!

La tía Alina intenta contestarle; pero Belzunce le ataja la réplica con un ademán.

—Y se acabó. No nos entenderemos. ¿Para qué?...

XI

Sobre el embozo de la sábana cae el bigote lacio del tío Tomás. El enfermo no duerme. Los ataques le dejan, en estas horas de alivio, extenuado y sin deseos de conversación. Tiene crecida la pelambre y rala la barba sobre la morenez de viejo hortelano, pálido de tanto sufrir. Bajo las cejas foscas, negras aún, sus ojos redondos —ojos de buho— reflejan la tristeza de los animales heridos que aguardan la muerte. Quieto y callado, contempla una vez más los objetos que tiene al alcance de la vista. Su mirada concluye por clavarse en el lugar de costumbre, en el techo blanco, donde, a través de la portilla, bailotea el sol, reflejado en la mar.

El Destino ha reservado al indiano este consuelo: cada día llega el sol, piadosamente, a besar la cama, y cada día, no contento con derramarse en ella como un halago, se mira en el agua, para ofrecer al enfermo, con el oro de la luz, el reír de la espuma.

Y esta danza de reflejos es la sola distracción del americano en las horas inacabables. Le anuncia el curso de la mañana; le habla de convalecencia y de la vida posible allá, en las playas del pueblo distante, lleno de reposo, lleno de luz.

A veces, mareado por el sol, el americano deja caer los párpados y dormita. A veces despierta para volver a la contemplación de siempre. Y de sopor a sopor, discurre en lo que, por la vaguedad de la forma del concepto, podría ser llamado larva de ideas y frases.

«Me llevarán a que me curen a Francia, a Berlín, a donde quieran. Y me salvaré. ¡Vaya si me salvaré! He de vivir. Para algo ha de servirme haberme matado trabajando.»

«¡Qué bien! Ése (por Belzunce) se queda ahí. ¡Quiera Dios que le tome apego a la Pampa y que las obras de los ferrocarriles no acaben nunca! Rosa estará tranquila y yo también. A ése no le faltarán hembras en los ranchos. Con ellas y con el whisky de sus amigotes los ingleses olvidará a Rosa...»

«A mi mujer... y mis pesos. ¿Que ése no es interesado, que es generoso?... ¡Ya, ya! Conozco el paño. Generoso porque confía en una buena vejez a mi costa...»

«¿Rosa es muy joven para mí? Sí, joven es, y ya sé yo que no tendrá recuerdos de moza muy agradables. Pero conmigo tiene la vida y la tranquilidad aseguradas. Mal por mal, yo, a ser ella, no dudaría. Entre unos malos recuerdos y un buen...»

El tío Tomás piensa en algo succulento para engullir; pero, inapetente, no acierta por qué plato decidirse.

XII

La enfermería está abierta. En el departamento contiguo María Rosa, sentada, hace crochet. La luz de una gran claraboya cae en su cabellera rubia. El rostro, inclinado sobre la labor, parece absorto. Los dedos puntean maquinalmente. Pero el pensamiento, apartado de la obra de las manos, vuela, ya cerca, ya lejos. Tan serena está la mar, que María Rosa pierde, a ratos, la noción de que se halla a bordo. No percibe los golpes de las máquinas. Cuando su oído atiende, sólo escucha el bullir de la espuma. Si alza la vista, alcanza a ver, por la boca de la escala, el cielo diáfano, de donde viene como un aliento que le besa el corazón.

Desde el primer día de viaje se enamoró de este rincón del barco. Esta claridad, este brillo de los metales, esta limpieza y sencillez la sedujeron. Y aquí vive. Mañana y tarde, llega Martínez a visitar al tío Tomás —cuando Rosa nombra mentalmente a su marido no sabe designarle de otro modo. El físico es un gaditano que refiere chascarrillos y anécdotas a desgana y con gracia fúnebre, cumpliendo una obligación ineludible, según él, para los médicos y todos los nacidos en tierra andaluza. Su charla es un sedante eficaz. En cuanto entra en la enfermería, la boca del americano rompe en bostezos, de oreja a oreja, como trampa de lobos.

María Rosa bendice la decisión del doctor, que les ha confinado en esta soledad del Italia. Rosa no ha querido aceptar el turno que tía Alina quiso establecer para velar a su hermano. El enfermo descansa largas horas, y con sus reposos y la ayuda de una camarera, María Rosa atiende al trajín de cada día. Tía Alina va y viene, hecha un metomentodo, con la oficiosidad inútil de un clown de circo. Los quevedos dorados de Jacinto asoman de tarde en tarde en lo alto de la escala. ¿Chin?... ¿Qué hará Chin a bordo? Van tres días de viaje, y Rosa y Belzunce no se han visto aún.

Al recuerdo de Joaquín quédase María Rosa con las manos inertes en la falda. El pasado revive.

Y el pasado es, para María Rosa, su pueblo, y, en su pueblo, su casa. A espalda de la casa estaba la huerta; y en la huerta, el palomar; y junto al palomar la alberca, en cuyo reflejo, que copiaba las nubes, ella y Joaquín jugaron, cuando niños, a besarse. El portal daba a la playa, por donde cruzaba el tren, camino de París, sin detenerse nunca. Un portal ancho, cerrado por la visión del cielo y la mar; sobre cuya tinta azul florecía cada año una rama de almendro, y desde cuyo fondo, cada noche, las primeras estrellas hablaban palpitando, sin decir qué...

Bajo aquella rama bordó María Rosa todas las tardes, mientras vivió en el pueblo. Al dormirse la brisa, los árboles se quedaban inmóviles y como encantados bajo la paz y la luz dorada del crepúsculo. A veces los pasos de un transeúnte, al resonar en el portal, distraían a María Rosa. Alzaba la vista y permanecía quieta, con los ojos fijos en algún buque que cruzaba lejos con rumbo ignorado. Aquellos barcos, que no se aproximaban jamás a la costa, fueron la única novela de las tardes románticas de su juventud.

Cada anochecer se reunían la madre de Rosa y la de Joaquín en la huerta. Eran primas y las dos viudas. Con traje y pañuelo negros y el rostro marchito, más por las penas que por la edad, ambas charlaban sentadas en un poyo blanco, junto a la alberca, a la sombra de los almendros. Cuando María Rosa piensa en ellas las ve siempre así.

Las dos hablaban en voz baja y las dos interrumpían la conversación con apagados suspiros. Al aproximarse Rosa, su madre la despedía con cualquier pretexto, cariñosamente.

—Mira dónde están tus hermanos.

Y si Rosa, al obedecer, volvía a mirarlas, advertía siempre en ambas una expresión de piedad hacia ella. ¡Qué tiempos! Joaquín estaba ausente: estudiaba de ingeniero en la ciudad, sostenido por su familia a costa de mil apuros. Entonces fue cuando la madre de Rosa arrendó el huerto. En aquella casa, un día feliz, reinaba la pobreza: Pedro, Felipe y Luis, los hermanos de Rosa, vagabundeaban por la playa con las alpargatas destripadas: aquel curso no habían podido volver al internado. La madre disimulaba sus agobios; se escondía para llorar.

Y Rosa, que era ya una mujercita, —la mayor de la casa— adivinaba el origen de aquella amargura y bordaba sin descanso, firme en su propósito de agenciarse el pan y, con el pan, el contento de los suyos. No contaba, no contemplaba ya casi nunca los barcos, sus amigos, que cruzaban distantes por aquel mar tan azul cuya alegría, al parecer, no se había hecho para ella...

Una tarde trabajaba Rosa al sol y al pie de los almendros cuando entró el tío Tomás, el de América. Llegaba de Buenos Aires, inesperadamente, a dar el chasco, a visitar el pueblo y a elegir moza para más adelante. Ésta era la costumbre de los americanos: luchar allá hasta asegurar el resultado del negocio, dar una vuelta por España; escoger y dejar reservada novia; volver a la Argentina a redondear la fortuna; y reclamar a la mujer hermosa y joven cuando los achaques de la edad exigiesen la abnegación de una enfermera sumisa y el último florecer de un amor tardío.

Desde el primer instante se habló de la boda de Rosa y el tío Tomás. Rosa no averiguó nada de ello sino hasta meses después, cuando el americano, ya en la Argentina, escribió una carta llena de promesas. Mientras el viejo permaneció en España, Rosa sólo averiguó que éste vivía en América con un sobrino, Jacinto, y una hermana, la tía Alina, viuda y tacaña, que no había aceptado nunca ni la posibilidad de que su hermano se casase. Y no supo más, a no ser el cambio que para entonces advirtió en su casa: desarrendaron el huerto; Pedro, Felipe y Luis volvieron al internado, y desde aquel día vivió la familia en holgura.

Hasta que un domingo su madre la llamó a la alcoba y, sentándose ambas en el borde de la cama, no levantada todavía, le entregó la carta. Rosa la leyó de un solo aliento; permaneció callada un instante, y después preguntó:

—Y tú, ¿qué dices?

Su madre la abrazó.

—¿Yo? ¿Qué he de decirte, Rosa? Has de ser tú. El tío no puede ya portarse mejor con nosotros; pero tú has de decidir...

Rosa no consultó el caso con nadie, pero lo meditó mucho. Mientras bordaba, trabajaba su imaginación, sin reposo. Nadie interrumpía sus meditaciones. «¡Cuidado —parecían decir todas las miradas—, dejadla tranquila. Ella resolverá!» Rosa agradecía esta prudencia; pero en más de una ocasión su orgullo de mujer rebelóse contra el pueblo embrutecido, que reservaba todos los encomios para la generosidad del pretendiente. ¡Como si la juventud de Rosa, y su separación de la familia, y la ofrenda de su vida entera, no significaran nada!...

¿Quién midió aquel heroísmo suyo? ¡Ni sus mismas amigas, «incapaces de concebir — según opinión de ellas— boda tan desigual» que, allá, en secreto, envidiaban tal vez! Sólo la madre adivinó algo de aquel drama íntimo; y sólo Rosa, ¡sólo ella! pudo aquilatar el sacrificio que significaba aquella su decisión de rehuir la duda, de no pensar en la vejez del tío, de persuadirse a sí misma a entregarse sin protesta a la suerte. La idea del bienestar de su madre y la esperanza en el porvenir seguro de sus hermanos dieron en tierra con sus cavilaciones. El recuerdo de los agasajos y del cariño que el tío Tomás le demostrara en su breve permanencia en el pueblo, le hicieron entrever una dicha no del todo completa, pero sí posible.

Y aceptó.

El último verano en España fue largo y triste para María Rosa. En agosto se casó por poderes, y a principios de octubre, y ya licenciado en la carrera, regresó Joaquín al pueblo. En aquella separación de meses se habían transformado los dos: los veinte años de María Rosa, canijos hasta entonces, florecían súbitamente: Joaquín llegaba más enjuto, más revolucionario que nunca, con el carácter más de hombre.

—Te has casado. La norabuena—. Se estrecharon las manos y no hablaron más del matrimonio. Al principio usó Chin con María Rosa la jovialidad de niños; pero días después varió de carácter por completo. Se tornó huraño. Hablaba con repugnancia de la carrera, de la ciudad, de la gran farsa universitaria, que agota lo mejor de la juventud sin ofrecer un porvenir fácil. Sentía Chin la tristeza que asalta a los estudiantes españoles, convencidos de que al dejar las aulas se inicia para ellos el calvario de los pobres de levita, con título y sin blanca. Venía de perorar en mítines, donde le habían aplaudido frenéticamente las multitudes cobardes que, por pereza intelectual, buscan aún, desconfiadas de sus propias fuerzas, un amo y un látigo. El matrimonio de María Rosa removió las entrañas espirituales de Belzunce. Aquella compra de una mujer que se sacrificaba abnegadamente le sublevó. Tamaña injusticia no llegaba a él catalogada en una traducción de a peseta el tomo. Era algo que le hería de muy cerca, algo de su realidad de hombre con que la suerte le hacía comprender aquel dolor humano que él sólo conocía de oídas por los diarios clandestinos. Su pena y su rabia no eran un tópico; y Belzunce no pensó en organizar un mitin para expresar su protesta, como se le ocurría casi siempre al leer una matanza en Armenia o un fusilamiento en Rusia. Aquel dolor, exclusivamente suyo, le hizo más egoísta; olvidó los sufrimientos ajenos; y, como si se propusiera enmendar, a mojicones y por sí solo, el agravio en que nadie más que él había de intervenir, se entregó violentamente a los ejercicios de fuerza, en pleno aire libre. Corriendo montaña arriba, o remando mar afuera, bajo los salivazos de la espuma, llegó a recobrar la confianza en sí que en sus contiendas de chiquillo, había sido para él la única razón. No intentó disfrazar su afición a Rosa bajo la apariencia de un redentorismo desinteresado. Quería y no renunciaba a Rosa porque Rosa era guapa, era buena y era moza como él, y porque él tenía los puños así, como martillos, aunque no tuviese un ochavo...

La transformación de Chin desconcertó a Rosa. «¿Qué tiene?», se decía. Hasta que su intuición de mujer descubrió la verdad irreparable: Joaquín se había enamorado de ella, estaba loco. Ahora la buscaba sin descanso ni disimulo, con la obsesión de su cariño imposible, dominado por la impetuosidad de esas pasiones que engendradas, año tras año, en plena inconsciencia, estallan y malogran, de repente, toda una vida.

Chin no le habló, pero una tarde, al encontrarla sola entre los almendros, allá al fondo de la huerta, la cogió entre sus brazos y la besó frenéticamente en la boca. Ella resistió, entre compadecida y firme.

—¡Chin!

Había en aquel nombre tal emoción de lágrimas, tal arrepentimiento, tanta piedad hacia él y compasión para ella, que Joaquín, a pesar de sus puños, abrió los brazos vencido. Desde el otro extremo de la huerta la madre de Rosa llamaba.

—¡Rosa! ¡Hija!

Chin recogió el sombrero, se atusó el cabello, saltó el muro, y Rosa no le volvió a ver en España...

En la mañana en paz, a bordo del Italia y junto al tío Tomás dormido, María Rosa no quiere pensar y piensa en aquel beso que rechazó...

XIII

Belzunce cierra la puerta del camarote, enciende la luz, y en el interior blanco —en que destacan las cortinas verdes de las literas— le asalta la soledad de un abandono completo. A fuerza de propinas ha logrado un camarote para él, apartado a un extremo de un pasillo, adonde no llega el resonar de los timbres. No oye ni una voz, y, en la quietud que le envuelve, sólo se escucha, muy apagado, el tum-tum de las máquinas, rápido, tenaz, casi angustioso...

Hace tres días que Joaquín no ve a Rosa. Se han desvanecido sus esperanzas del primer momento. Rosa no se ha dejado ver en la cámara. De tarde Belzunce se ha aventurado a pasar por frente a la puerta de la enfermería. Desde cubierta ha oído la voz de Rosa, y ha alcanzado a ver los bajos de su falda. Pero Rosa no le ha visto. Al zarpar de América se creyó Belzunce en el principio del fin. Seguro de que se aproximaba el desenlace, no reparó en romper con tía Alina hasta provocar un conflicto, olvidado de las promesas que hiciera a Rosa antes de embarcar. Y todo ha sido pura imaginación, otra impetuosidad suya. Rosa, como de costumbre, permanece recluida; rehuye los encuentros con él; pero no le rechaza, con la conciencia serena, en la que se han estrellado, hasta ahora, los celos de su marido, las insidias de tía Alina y los arrebatos de Chin.

Al golpe de las máquinas, un estremecimiento continuo, casi imperceptible, sacude las maderas del camarote. En lo alto del lavabo vibra un vaso de cristal dulcemente. En el techo resuenan unos pasos tardos. Se aproximan, se alejan a igual compás y hasta igual distancia. Chin escucha. Y de un brinco se arroja de la litera. ¡Rosa! ¡Es Rosa! Adivina su andar, sus pisadas, que mil veces le conmovieron; abre la puerta; sale al pasillo; corre...

Ella es.

Están apagadas las luces de los camarotes; desierto el entrepuente; dormido el pasaje. A popa, en la toldilla de tercera, un grupo de vascos cantan un zortzico a media voz, cada cual a solas con sus propios recuerdos.

Ume eder bat ikusi ruben

En la noche serena el Italia sigue su rumbo, entregado, ya lejos de la costa, a su propio destino. El horizonte parece más distante y el trasatlántico más solo bajo la luz y la nostalgia de la luna. A proa cantan, a veces, los gallos, desvelados en la noche clara, soñando con el alba. Rosa camina despacio, a lo largo de la barandilla. Desde una de las puertas del comedor, en la sombra, Chin la contempla sin osar a acercársele. A cada vuelta la luna le besa la cara. Al cabo Belzunce se decide.

-¿Tú?...

—Yo. ¿Qué haces aquí? —Ya ves. Respiro. -¿Y tía?

—Duerme, supongo. (Un silencio). Ya sé que habéis reñido. Fue a la enfermería a contármelo. Tomás nos miraba.

—¡Sí, he roto con ella! ¡No más! ¡Se acabó! ¡Qué vida éstz, Rosa!

—¿No te lo dije? «Chin, no vengas; vas a sufrir.» Y ya ves: tuve razón.

—No importa. No me arrepiento. Ha sucedido lo que había de suceder. ¡Mejor! ¡Que me dejen tranquilo! Son malos, hipócritas. Fingen quererte. Dice que te comprometo...

—Y quizá no se equivoca...

—¿También tú? Quizá... Yo comprendo que a veces no sé dominarme. Ahora mismo no debería estar yo aquí. Si quieres me voy. Di... dímelo, Rosa...

—No. ¿Por qué? Fue un decir. De tanto andar con ellos he acabado por tener sus mismas preocupaciones. Bien estamos. Nos separaremos hoy como siempre: muy tranquilos.

—Gracias, Rosa. ¿Cómo no he de quererte?

—¡Vamos, hombre! Hay que tener valor. ¿No lo dices tú?...

—¿Qué quieres! A veces me rindo. ¡Déjame que aquí, solo, a tu lado, sea unos instantes, los únicos instantes en que vivo! tal como soy. ¡Déjame que te diga y te repita lo de siempre: que te quiero, que te querré, que no te olvidaré nunca! Yo sé que me contestarás lo que en otras ocasiones; pero yo sé también que llegaré día en que no tendremos que ocultar nuestro cariño. ¡Es la única ilusión que me queda! ¡Y no ha de cumplirse! ¿O crees tú que Dios va a engañarme después de haberme inspirado esta esperanza, que me ha hecho renunciar a todo lo demás de la vida?...

—No, eso no; esperanzas, no. Me dices que me quieres y te escucho. No sé si hago mal. ¡Ya ves! Pero si yo, en la situación mía, te alentase con solo mi silencio, no tendría perdón...

—Pero, ¿por qué?...

—Por ti y por mí. Me casé sin quererle; fue por mi familia; y ese sacrificio, aceptado y sostenido hasta ahora, es lo único que me disculpa, ante mí, de haberme casado de ese modo. Sólo darte esperanzas sería una traición; y ahora, muriéndose él, una crueldad... Y por ti también...

—¿Por mí?...

—También. ¿Qué pensarías tú de Rosa si te dijera: confía? ¿Sería para ti lo que ahora soy? ¿No habría algo repugnante en mi pasado que disminuiría tu cariño? Con franqueza...

—¿Ves? ¡Tú misma te estás engañando! Si no me quieres, si dices que no puedes quererme ¿por qué te preocupa lo que yo pueda pensar de ti hoy o mañana...?

María Rosa no encuentra réplica; permanece en silencio. En el mirar de sus ojos, en la palidez de su cara se revela la lucha que sostiene. Al cabo dice:

—Yo no sé explicarme. Tú aseguras que eso es querer. ¿No será amor propio? Cada cual se estima según lo que los demás opinan de él...

—¿Es por ti, entonces? ¡No te creí tan egoísta!

La frase es certera.

—No Chin. Quererte no es seguirte ni decirte aguarda... ¡Qué sabes tú lo que he sufrido yo!

De los labios de la mujer brotan estas palabras destilando pesadumbre y como en una explosión de un martirio oculto. Chin se arrepiente. Apoyada en la barandilla y de espalda a la mar, María Rosa llora sin sollozos. Él procura convencerla, calmarla.

—Rosa, María Rosa, mujer, ¡no seas niña! No llores. Mira... —Y como Chin no da con una frase que la consuele, ni ella le escucha, coge una de las manos de Rosa y la estrecha contra su pecho, fuertemente, dolorosamente... Sus sombras vuelan ligeras sobre la espuma. En la paz de la noche ninguno de los dos se atreve a interrumpir el secreto que el corazón conmovido y la mano temblando se dicen...

Tras de ellos suena, de pronto, el abaniqueo de unas alas inmensas. Es el velamen de un brick encalmado que el Italia deja atrás. El oleaje del trasatlántico sacude las velas inertes. En la cubierta del brick ladra y corre como una sombra un mastín negro. Rosa y Joaquín contemplan la aparición inesperada, que se desvanece. Y desde el umbral del comedor, la tía Alina que ha oído salir a Belzunce, observa al grupo...

XIV

El baldeo.

En el techo del camarote, en el entrepuente, fluye el agua de las mangueras y se oye el taconear de las botas de la tripulación. La aurora clarea en la portilla: el vidrio redondo se tifie de azul, como una gran pupila que se despierta también. El camarote blanco, iluminado por la luz de la mañana, hace soñar con un despertar de novios. El agua corre por la cubierta y cae lamiendo el costado del Italia con jubiloso rumor de fuente: ¡voz del mar que torna al mar, alegría del sol que torna al barco! No cabe duda: buena es la vida...

Este gozo del despertar se le mete a Chin por el alma adentro. En su memoria surgen, una a una, las frases de Rosa. Se sienta en el borde de la litera y cautelosamente da lumbre a un pitillo. Tiene Chin una bota en la mano, y, sin determinarse a calzársela, se entrega a la filosofía y a la ilusión. Rosa ha llorado por él. ¡Y las lágrimas son aprecio! La muerte ronda de muy cerca al indiano: ella resolverá el conflicto; Chin la espera. ¿Piedad hacia el enfermo? Belzunce cree sentirla; pero al bucear en lo hondo de sí no encuentra ni rastro. Allá, en las sombras del alma, donde la voluntad desaparece y el instinto es todo, persiste y sonrío, sin remordimiento alguno, la visión de la cabellera rubia...

En tres o cuatro sorbos se toma Chin el desayuno y sale de la cámara. Están largadas las cenefas, y en el entrepuente, donde bullen los pasajeros, hay una dulce luz de umbráculo. Por los imbornales y entre la cubierta y la lona se vislumbra el destellar del agua, que se queda atrás hirviendo al sol. La lumbre de la mañana se tamiza a través de las cenefas, y en su claridad arden las mejillas de las mujeres y los ojos relucen.

—¿Adonde va usted?

En un banco, el hombre-pote y los editores ofrecen a Chin un asiento.

—¡Hermoso día!

Belzunce, que está en vena de charla, acepta la invitación.

—¡Gran día para una conquista! —apunta uno de los editores; y como advierte que el hombre-pote no se explica toda la intención de la frase, dice: —Los donjuanes trasatlánticos conocen bien lo que se puede conseguir en un día como éste. Vale más una mañana así que todas las Brígidas del mundo. No hay mujer heroica con este sol, con este no hacer nada y la idea de no volver a encontrarnos y llevar la vida un poco en peligro. ¡Lástima que aumente la velocidad de los barcos! En mi último viaje a París me confesaba un porteño que en las travesías de América le faltaban ya dos días para redondear sus idilios.

La tía Alina sale de la cámara y se dirige a Belzunce: —¿Has visto a Jacinto?

Y Chin, un poco extrañado de que la salamandra le hable después de la conversación de la primera noche, responde sin mirarla:

—En tercera andaré...

La aparición de la vieja inmuta al hombre-pote. Al marcharse la tía Alina, el coleccionista de apellidos aprovecha la ocasión de que los editores hablan aparte, y dice a Belzunce.

—Le debo a usted una explicación. La otra noche, en la cámara, me permití comparar...

Chin recuerda el lance y aquieta con una sonrisa los escrúpulos de su amigo.

—Sí, somos parientes; pero esto no significa nada para mí. Apenas nos damos los buenos días.

La despreocupación de Chin tranquiliza al hombre-pote y le estimula a hablar.

—Por cierto que anoche... Anoche debió de ocurrir algo grave entre ellos. Me acosté temprano, y allá a la una me despertó la voz de esa señora. Madre e hijo disputaban. ¡Y de qué modo! Ella le decía: «Tú eres un tonto y ella una hipócrita. Tan santa, tan santa, ¡y le espera en cubierta! Ya verás cómo se salen con la suya. Se morirá Tomás, tú y yo nos quedaremos en la calle.»

—¿Ella, decía?...

—Ella. No entendí lo que el hijo le contestó. Algo muy gordo debió de ser, porque la madre saltó furiosa: «¿Y te lo he de decir yo? A los veintiocho años un hombre no pregunta cómo se logra a una mujer. Ocasiones no han de faltarte...» Habló de otras cosas, pero no recuerdo... Algo grave ha ocurrido... ¿Quién será ése que la futura viuda espera de noche?...

Chin está como sobre ascuas; escudriña en el rostro del hombre-pote la intención de la pregunta. Pero la cara no revela nada. Algo tranquilizado, contesta:

—No sé, no sé... A lo mejor no será nada. ¡Cosas de ellos! Son así.

La conversación se interrumpe. Chin se dice: «Hay que despistar a éste. Yo debería continuar hablando de cualquier otra cosa. Pero ¿y si hablando lo echo a perder?» Se siente turbado en su alegría, con ganas de marcharse, de verse solo. ¿Dónde andará Jacinto? Belzunce disimula concentrar su atención en un ajedrez frente al cual dos nababs, que viajan para olvidar sus quebraderos de cabeza, meditan absortos una partida difícil... La argentina rival del inglés, duerme echada en un sillón de lona. A la puerta del futnoir dos orientales se juegan a tantas millas tantos pesos. Chin no puede resistir más; se levanta; saluda:

—Hasta después...

Por la escala de la toldilla se descuelga un tropel de ingleses y argentinos. Desde el entrepuente y la sala de música acuden mujeres y hombres. Un camarero limpia con un paño la pizarra de situación. Y el tercero de a bordo, con un papel en la mano, copia en la pizarra las observaciones de la última singladura. Alrededor del oficial moscardonea el pasaje; por sobre los rostros ávidos la mano tostada escribe: «Millas recorridas: 350...»

Al apuntar el último número estalla un largo clamoreo. Entre el pasaje una inglesita brinca y palmetea con los brazos en alto y el placer de una paloma que sacude las alas. Después el grupo se disuelve; se oye tintín de oro: ha llegado el instante de pagar las apuestas.

XV

Y vuelan las horas. En la soledad de la mar se pierde la noción del tiempo. Ayer, hoy: ¡siempre lo mismo! Días sin fin en que el pasaje espera cada comida como una distracción; mañanas de somnolencia en que los ojos entornados se absorben en contemplar cómo la baranda del entrepuente pasa y repasa, a cada vaivén, el horizonte; curiosidad infantil por la humareda o el velamen del barco, que apareció y desapareció apenas visible; lecturas inútiles en las que la atención no se concentra y la mirada no se aparta del mismo párrafo; exploraciones al fondo de las maletas en busca de la labor guardada en tierra y reservada a bordo como último recurso contra el fastidio; excursiones a lo largo de la cubierta en busca de personajes raros que observar o de diversiones en que intervenir; visitas a proa a ver las plantas que trajo éste o los pájaros que el otro embarcó; cigarros ofrecidos a los camareros a trueque de unos cuantos chismes de la oficialidad; y puestas de sol maravillosas; y noches transparentes, divinas noches en que el alma se vuelve romántica bajo el tropel inmenso de los astros...

En el hastío de estas horas inacabables Chin Belzunce pasea y cultiva su rabia. Fuma maquinalmente; esquivo la conversación con los demás, y corre de aquí para allí en diálogo perpetuo consigo mismo; sus pasos y su inquietud concitan la indignación de los pasajeros en la sala de música; su aspereza retrae de hablarle a los que le ofrecen gemelos para contemplar un buque o motivo para terciar en una conversación. ¡Ea!; quiere estar solo; Ja voluntad de vivir su malhumor aisladamente escamotea la sociedad, las amistades, los miramientos. Para algo han de servir la imaginación y el albedrío.

Huyendo del coleccionista se refugia Chin en la tercera de preferencia, allá a popa. Después del rancho bullen el alcázar y la toldilla en gritos, ademanes y colores. Alrededor de la escotilla abierta, por la que se columbra el interior de los sollados y las literas, encasilladas como nichos, se amontona el gran pueblo de emigrantes. Unos fuman de codos en la borda; otros juegan en corrillo; otros pasean en grupo; una familia siciliana barre el rincón donde ha plantado su rancho; dos niñas saltan por sobre los pasajeros dormidos de panza a tierra y se persiguen alrededor de los que vienen y van en lento paseo; una vieja, con traza de bruja, lava en un pozal las marmitas pringadas de rancho. Hay quien vuelve satisfecho a Europa, y ríe; hay quien, apartado de la algazara, no oculta, en su mirar hosco, la decepción del vencido. En la toldilla una muchacha andaluza, toda huesos, baila, contoneándose hasta desarticularse, entre una reunión que la jalea. Y en medio de la gran batahola, en la inmovilidad de los ídolos y el desdén de los vagabundos, dos jerosolimitanas miran, con los ojos quietos y negros como flores que ofrecen en su cáliz el bálsamo de enloquecer y morir.

Belzunce columbra a Soledad asomada a popa. En la ansiedad y depresión de ánimo en que Chin se halla, únicamente la compañía de esta mujer, protesta viva contra la moral al uso, le puede interesar y serle agradable. Al reparar en Belzunce la muchacha se vuelve.

—¡Hombre! ¡Don Estornudo! —Soledad llama de esta manera a Belzunce por lo de Chin— ¿Qué aires te traen?

-¿Sola?

—Soleá me llamo y sólita estoy.

Chin se vuelve hacia la mar, sobre la estela, y dice: —Oye, Soledad: quisiera preguntarte una cosa. Vas a ser franca. ¿Jacinto...?

Soledad rompe a reír.

—No digas más. Lo sé. Tú y Jacinto y la bruja de tu tía os traéis el gran lío... ¡Vaya, no te hagas de nuevas! Tú (apoyando el índice en el rabo de un ojo) has finao a tu prima. ¡Si me parece muy bien, si te alabo el gusto! Pero no sé... Me da a mí que la vieja esa...

—Te equivocas.

—¿Que no? ¡Vamos, hombre! Si Jacinto me lo ha contaoo. ¡Pues no se trae él su plan! ¿No sabes lo que me prometió? Me dijo que en cuanto espiche el viejo y se case él con tu prima me pondrá un hotel. Al encontrarnos aquí me lo dijo, y yo le dije que me lo asegurara de incendios. ¡Si vieras qué gracioso estuvo! Para él eso de la boda es pan comió. Es un don fantasía. Me paece a mí que a tu prima le gusta tanto como el pan con limón. El dice que no está encaprichao. La culpa de too, según él, son la vieja y la guita. Parece que tu tía quiere que plantee o prepare cuanto antes el caso a tu prima. Él no se atreve, pero la vieja le empuja y le prepara las ocasiones. Tu prima va sola... Bueno, está el viejo, pero es lo mismo.

Calla Soledad y Chin continúa en silencio. Soledad le mira, y al verle con cara de pocos amigos le dice:

—Mira, don Estornudo, no te acongojes. ¡Tal vez será mejor! Así tu prima les cogerá asco... Y ahora, déjame. Ése, mi arrimo, no nos quita ojo. No quiero broncas.

Se aparta Soledad y Belzunce sigue recostado en la barandilla. Todas las ventajas que Chin se prometiera al saber que su tío no iría en la cámara se han trocado en obstáculos, peor aún: en ocasión favorable para Jacinto. Los contados optimismos de Belzunce vienen a parar siempre en esto. ¿Y si Soledad tuviera razón?

¿Si Rosa acabara por odiar a Jacinto? ¡Razón, razón! El que no se contenta es porque no quiere.

A los pies de Joaquín, las hélices tienden sobre la mar ancho abanico de espuma. En agua azul, a sol puesto, florecen los grandes remolinos, de cuyo fondo brotan como relumbres de luz de estrellas, guardados por el mar en las claras noches del trópico. La estela, curvada ligeramente, va del barco al horizonte; y en el sendero blanco — camino de utopías y amarguras— se distinguen, lejos, los saltos del agua; ¿seres que la quilla despertó al pasar...? Viene la noche, y en la cubierta el gran rebaño de emigrantes es una masa confusa, sin color, movimiento ni gritos. En el montón de carne sin ventura reluce el fuego de los cigarros y se adivinan quietos los ojos de las hebreas. En las entrañas del trasatlántico se hace la luz: ilumínan-se las puertas, las claraboyas, los topes...

XVI

Canta el piano. El pasaje se ha reunido en la sala de música. Bajo la gran rotonda brillan los escotes y las pecheras. Entre los smokings destaca el grupo de las inglesitas vestidas de blanco. En un rincón reluce, a veces, un monocle, como mirada de felino tuerto en aventura de amores. En una puerta la tía Alina sermonea a Jacinto. Y a través del cristal de una portilla, desde el entrepuente, Chin Bel-zunce intenta adivinar el diálogo por los ademanes. Jacinto estruja la gorra entre las manos; después se la encasqueta, y desaparece. Chin corre hacia proa; en dos saltos baja una escala; y temblando de rabia se esconde junto a la enfermería, en acecho.

No se equivocó. Jacinto avanza, como una sombra: arroja el pitillo que viene fumando al mar, y se dirige a la puerta. Belzunce aguarda que se acerque, le echa mano y le arrastra...

—¡Qué! ¡Suéltame!

—¡Cállate! ¡Si gritas vas al agua!

Le tiene bien cogido por las solapas del smoking. El cuerpecillo endeble se agita con odio y miedo. En voz ronca, rostro con rostro, Chin le escupe toda su ira y su desdén:

—¡Ladrón! ¡Canalla! Aquí no entras, ¿sabes? no entras. ¡Sé lo que buscas!

Le zarandea violentamente, y, al sentirlo cobarde, sin un impulso de indignación, le arroja al suelo con asco. ¡Canalla, más que canalla! Jacinto se incorpora, busca a tientas los quevedos de oro, se sacude el traje y, sin chistar, vuelve hacia popa. Belzunce le mira alejarse; le conoce a fondo: se vengará como una mujer.

Chin descansa en un banco, en cubierta. ¡Qué alivio! ¿Para qué empeñarse en ser de modo diferente de como nació? Él vino al mundo para resolver a puñetazos los conflictos de la vida. Contra este impulso no valieron de nada los castigos de la escuela, ni los consejos de su madre, ni los buenos propósitos, ni la repugnancia que contra sí mismo sintió después de haber zanjado sus pleitos violentamente. Antes que la razón invocó la fuerza; y al placer de reprimirse y no pecar de injusto prefirió este contento ruin de desahogarse pegando. Se acabaron las resoluciones inútiles de corregirse.

Su intención de enmendarse ha fracasado dos veces: ahora, a bordo del Italia, y antes, al llegar a la Argentina, decidido a vivir en paz con todos, cerca de Rosa. También entonces se consideró transformado; y a pesar de ello, a los pocos meses tuvo que solicitar un empleo en una empresa de ferrocarriles, en plena Pampa. Abofeteó a Jacinto y se insolentó con el tío Tomás; y aunque las amistades de familia no se rompieron del todo se fue de Buenos Aires. Aquella época, en una toldería, en mitad del desierto, fue para él como un descanso. De tarde en tarde, cuando no podía reprimir el anhelo de ver a Rosa, pedía licencia, se marchaba a la capital, y allí estaba hasta que sentía la comezón de triturar de un golpe al americano y de retorcer el cuello a la tía Alina. Se marchaba de la ciudad sin despedirse y, de vuelta a la Pampa, transcurría uno o dos días cazando y galopando en potros medio salvajes. Calmada su sobreexcitación nerviosa, caía en un profundo mutismo sentimental, del que no le arrancaban ni las bromas de sus compañeros, los ingleses. Era así.

Y cantan los violines y canta el piano. Por la cubierta silenciosa, ambula y digiere la comida el inglés de los pasos recios; en la sombra lucen las lumbreras; en la noche en calma los borbotones del humo flotan a ras de la mar, como cabalgata de aparecidos. El piano canta en escalas alegres; después, con arranque violento de pasión que se desborda; y a intervalos se oye el vibrar de una cuerda que gime y que llora; voz desdeñada que en vano quiere enlazarse al coro de la melodía...

XVII

Sentada a la cabecera del enfermo, tía Alina hace calceta vertiginosamente. Los que han convivido con la salamandra saben lo que la reaparición de la calceta significa. Es su fumar, es decir, su entretenimiento en las cavilaciones y arrechuchos. Tiene atufada la nariz y la cara encendida por el bermellón de las grandes rabetas y del buen vino de las comilonas de Pascua. De tiempo en tiempo observa a su hermano por encima de los anteojos; deja la labor en el regazo, y asoma a su expresión el deseo de desahogar su ira. Duda, se reprime, y vuelve al puntear de antes. Pero la inquietud la consume. Ésta es la hora. Sus temores, el enojo que le ha proporcionado el atropello que contra su hijo cometió anoche Joaquín, y la ausencia de María Rosa, que está en el baño, la empujan a hablar, a descubrir al enfermo cuanto ocurre en el viaje. No hay más remedio: la prudencia tiene un límite. Cuando la salamandra se resuelve a sacrificar su afecto es que la cosa no puede tener otra solución. Para ella las amistades son como la ropa vieja: siempre sirven para algo. En toda su vida ha roto con muy pocas personas. Ni los desaires, ni las traiciones del falso cariño hicieron mella nunca en su amor propio. La estimación desaparecía, pero la amistad aparente no acababa. El amigo perdido es el enemigo más peligroso, e importa tenerle a la vista. Tal fue su conducta para con Belzunce al llegar éste a Buenos Aires. En cuanto Chin dejó entrever su pasión por María Rosa y su desdén hacia ellos, se dijo la tía Alina: «Es inútil. No reñire mos.» Y a pesar de los desprecios de Joaquín, no se malquistaron.

Con esta táctica lleva la tía Alina sus planes adelante. Cuando Tomás, de regreso de España, le declaró que había decidido casarse con Rosa, su hermana creyó morirse de despecho. Gritó, sermoneó, hizo todo lo que pudo para desbaratar la boda. Aquel matrimonio era la anulación de su autoridad, indiscutible tantos años allí, en aquella casa, donde ella había sido la musa de la economía; era el fracaso del porvenir de Jacinto, que, inútil para todo, había llegado al mundo sin más aptitud que la de heredar a alguien. La salamandra se convenció, al fin, de que Tomás no renunciaría a la boda, y, de la noche a la mañana, cambió de procedimiento: Rosa tuvo, desde entonces, en la tía Alina una devota acérrima. Lo importante allí era conservar la confianza y la amistad del viejo: la firma de la casa. La esterilidad del matrimonio reavivó las ambiciones de la tía Alina, y la pretensión de Belzunce por Rosa le sugirió la idea de que lo que Joaquín tramaba, Jacinto bien podía lograrlo. Tomás no tardaría en irse. ¡Rosa era joven: se casaría! En las preferencias de la salamandra, entre candidato y candidato, no pudo haber duda.

Pero Jacinto no se ha dado maña en conquistar a Rosa. O peca de indiferente o se pasa de listo. Rosa ha terminado por odiarle. Al otro, a Joaquín, sí que no le faltará gramática para salirse con la suya. Rosa y él se entienden: Tomás se acaba: ¡y todo perdido! Vuelve la calceta al regazo; toman las miradas al enfermo. Hay que jugar a cara o cruz; es necesario arriesgar la amistad de Rosa y hasta la de Tomás, tal vez; divorciar mujer y marido. Y tía Alina hurga su propia rabia para cobrar brío en su resolución y acallar el remordimiento por el disgusto que va a ocasionar a Tomás, que al cabo y al fin es su hermano que se muere. No piensa, o no quiere pensar en su ambición, que es el único móvil que la arrastra. Aviva el enojo que el atropello de Chin contra Jacinto le produjo anoche. Recuerda los triunfos de su ahorro, que servirá acaso para que Rosa y Joaquín comenten más tarde, en son de burla, su tacañería. No puede más; se pone en pie.

—¡Tomás!

Los ojillos de buho buscan a Alina. ¿Qué hay en la voz de la hermana que tiembla así?

-¿Qué?

Alina duda un instante; pero el enfermo insiste:

—¿Qué quieres?

—Joaquín viene a bordo.

La mirada del americano se clava en la vieja.

—¡A bordo!

—Sí, a bordo está.

—¿Y no ha entrado aquí?...

—No ha querido. Me ha insultado. Anoche dio de puntapiés a Jacinto, que venía a verte...

El tío Tomás intenta incorporarse. Bajo sus cejas foscas brilla la suspicacia de campesino. Coge a su hermana por una mano y la atrae hacia sí:

—¿Y Rosa?... ¿Dónde está Rosa?

La salamandra reprime un movimiento de satisfacción.

—¡Qué sé yo! Arriba estará. Ha hablado con Joaquín.

El enfermo suelta a su hermana, y permanece con el brazo reseco colgando del colchón. A la puerta de la enfermería suena la voz de Rosa. Alina recoge la calceta y se inclina hacia su hermano.

—Vuelvo —le dice.

Y sale precipitadamente.

XVIII

Rosa se ha detenido a la puerta de la enfermería. Habla con el médico. El americano observa los pies de su mujer, que, al moverse, dejan adivinar encantos olvidados. Por la lumbrera cae un llamarada de sol; junto al enfermo, en la cama de Rosa, las ropas, revueltas todavía, guardan el aroma del cuerpo joven. La proximidad de la mujer, el ambiente de luz y la revelación de la presencia de Joaquín a bordo renuevan los celos dormidos, los celos que desgarran, que martirizan y que hacen soñar con morir matando. ¡Ahora sí que el tío Tomás se ahoga en este rincón del Italia! ¡Ahora sí que anhela la alegría de vivir, la juventud, el andar y agitarse al aire libre! ¡De hoy en adelante le atormentará a bordo un nuevo dolor: la duda maldita, que le hará sospechar de cada frase y de cada ausencia de Rosa! Sólo la idea de una aproximación posible de su mujer y Belzunce, le pone fuera de sí. ¡Ladrón! ¡Canalla! Pero aún le quedan fuerzas; se defenderá, se vengará, todavía sabrá Joaquín quién es él. El indiano intenta echarse fuera de la cama, y no puede. ¡Imposible! Tiende los brazos sobre el cobertor y se queda jadeando. El ánimo revive, pero el cuerpo no le secunda. ¡Viejo, sí, irremediablemente acabado!

Y en su congoja no acierta a comprender la parte de responsabilidad que le corresponde en el drama que en torno suyo urde el destino. Rosa y Joaquín le engañarán; el mundo disculpará la traición y se reirá de su desgracia. ¿Y qué culpa puede caberle a él por ser viejo? ¿Acaso la vida no es demasiado corta para la lucha que han de sostener los que no se resignan a pudrirse en la miseria? ¿Quién le podrá reprochar sus alifafes y sus años, si hasta ahora no pudo conseguir el bienestar preciso para no hacer de su mujer una víctima? Ahora, muriéndose, el americano comienza a sospechar que no siempre van juntas la felicidad y la lógica de los hombres cuerdos. Y, arrepentido, se encara mentalmente con los señores sesudos que allá, en América, le aconsejaron no contraer matrimonio antes de resolver el problema de la pitanza. «¡Ah señor don Juan García! ¡Ah señor Deán! ¿Quién se equivocó? ¿Fui yo o fueron ustedes?»

¡Solo, bien solo! La duda le divorcia de su mujer, pero no le une a Alina. El americano conoce la malquerencia de Alina contra Rosa; y esta malquerencia, que es su última esperanza —¿no será todo pura invención?—, le aparta de su hermana. Los celos son cariño, a su manera, ¿y quién perdona la mano que le hiere? Tomás no se explica tan a lo hondo esta soledad interior en que se ve. Lo único que él sabe es que, en esta su amargura, no puede recurrir al consuelo de los hermanos que, además de hermanos, fueron compañeros cuando niños. ¿Y Rosa? El americano cierra fuertemente los ojos como si pudiera así apartar la imagen y con ella los celos. Pero allí clavada en la entraña sangrando, está la duda, que, a pesar de ser combate entre dos pareceres, no deja oír más que una sola voz: la que murmura que si Rosa fuera inocente no hubiera ocultado a su marido la presencia de Joaquín a bordo...

—¡Rosa!

En lo alto de la escala María Rosa se despide del médico. ¡Hasta después! Baja rápidamente y se aproxima a su marido.

—¿Qué hay? ¿Cómo te encuentras?..

Los ojillos de buho relampaguean. La garganta del viejo lanza un ronquido y un escupitajo: «¡P...!» La mujer retrocede, desconcertada. Medio incorporado en el colchón y con la camisa de dormir entreabierto y la pelambre del pecho al aire, el indiano repite la injuria y señala hacia la puerta.

—¡P...! Eso se lo preguntas a ése, a Joaquín.

Rosa comprende: la vieja, la víbora, echó ya la baba. La iniquidad de Alina y lo soez del insulto la aturden. Corre hacia la puerta y la cierra, vuelve hacia su marido y se arroja en la cama llorando.

—Tomás, Tomás, cállate. ¡Es mentira! ¡Eso es mentira! Te lo digo yo. ¡Qué infamia, Dios mío, qué infamia!...

Llanto y súplicas son inútiles. El brazo, rígido y negro sigue indicando la puerta: «¡Vete!» Pero Rosa no se va, no quiere irse. Es inocente: la ha de escuchar. Y en su desolación ruega a su marido en el único lenguaje sincero en que puede hablar con él:

—¡Tío Tomás, tío Tomás, le han engañado!... Yo no soy... ¡eso que dice usted!...

El viejo cae de espaldas, anhelando, en la cama. Las lágrimas, el aroma de los brazos jóvenes recién bañados, le encienden la lascivia, que exagera los celos hasta el delirio. La mano, la mirada, la voz repiten inexorablemente la misma frase:

—¡Fuera!

María Rosa se pone en pie. Pues sí, se va. Semejante agravio por una falta que no ha cometido, que no «ha querido» cometer, irrita su orgullo. ¿A qué llorar si no tiene de qué arrepentirse? Se acabaron las lágrimas; se acabaron las súplicas.

—¡Sí, me voy!...

Se enjuga la cara; abre la puerta; sale.

XIX

Bajo la gran claraboya, Rosa se detiene un momento a serenarse. Después, paso a paso, sube a cubierta. ¿Adonde va? ¡Adonde ha de ir! Si quisiera verdaderamente a su marido le dolería mucho más la ofensa, pero se consolaría en cambio con la esperanza de llegar a convencerle y reconciliarse. No le quiere, no. Lo que llora dentro de ella no es el cariño desdeñado; es, más bien, el amor propio ofendido, y, más que eso, la pena de un absoluto aislamiento en la vida. Rosa piensa en su regreso al pueblo: la madre, muerta; ¡sus hermanos, en Suiza ahora, y quién sabe dónde después, cuando la suerte les separe! Absorta en su pesar, se encuentra, de pronto, entre un grupo de chiquillos que saltan y ríen. Se detiene a contemplarlos, a reír su risa, a recoger su júbilo. Y mientras los dedos peinan y acarician unas guedejas rubias, brota de sus labios este anhelo, que acaso no formularon nunca, hasta hoy, claramente: «¡Ni esto, Señor, ni el consuelo de un hijo!»

Su boca se sacia besando las mejillas frescas. María Rosa sigue su camino, va en busca de Joaquín. En su interior hay algo que se resiste y le aconseja ser más pura, para rebelarse con más razón contra el agravio. Pero su dolor y el deseo de confiarse a una persona amiga la empujan. ¡Oh, si Chin acertara a descubrir lo que ella siente en estos momentos! ¡Si tuviera la abnegación de no hablarle de su cariño! ¡Si supiera «acompañarla, nada más que acompañarla», en su padecer!

Baja temblando la escalera del fumoir y, rendida por la emoción, reposa un instante en un sofá de la cámara. Se rehace y sigue andando. El camarote de Belzunce está abierto; el portier tirado.

—¿Joaquín?...

Joaquín levanta la cortina, lleno de asombro. María Rosa entra y se desploma en la otomana, y permanece inmóvil, rígida, con los ojos secos y la boca contraída por el dolor. Frente a ella, Belzunce, sorprendido y desconcertado, la interroga:

—¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho, María Rosa?... ¡Di!

—¡Se lo han contado! Tomás sabe que vienes a bordo. ¡Lo que le habrán hecho creer de mí! Y Tomás me ha echado de la enfermería, me ha dicho...

María Rosa se cubre la cara. Sus labios trémulos se resisten a pronunciar la injuria.

—¿Ves? ¡Hay que acabar! ¡Anoche debí concluir con ese mal bicho!...

—¿Qué hiciste?

—No dejé que Jacinto entrara en la enfermería. ¡Le eché al suelo! ¡Y no le pateé!

—¿Y por eso?...

—Por eso le han contado que voy a bordo. Por eso y lo demás: porque se han convencido de que no te casarás nunca con Jacinto. Porque ven que esos ochavos se les escapan. Lo de siempre, María Rosa, lo de siempre.

—¡Me has comprometido, Chin! ¡Lo que yo te dije!

—¿Y qué sabes tú a lo que iba ése a la enfermería? Ellos son los que te han comprometido. Tienen el mal gusto de disputar en voz alta en su camarote. Algunos pasajeros sospechan ya. Y saben más aún: con tu boda proyecta Jacinto una aventura. En tercera va la mujer que ha de sustituirte. ¡La gaditana ésa, la que canta malagueñas, una amiga de todos!

Joaquín Belzunce guarda silencio. Ha dicho lo que tenía que decir. ¿A qué hablar más? ¿Para qué atormentar más a María Rosa? La mujer se ensimisma en su amargura y repite maquinalmente:

—¡Sola, Señor, sola!...

—No; sola, no, María Rosa. Tú me querrás algún día, o no me querrás; pero yo, Chin, no te abandonaré nunca. Ven acá, óyeme... ¡Si todavía podemos ser felices! ¡Piénsalo bien! ¡Déjales! ¡Que sean dichosos, si pueden serlo! María, ¿me escuchas?

Chin se sienta junto a ella, y le coge las manos, las divinas manos adoradas que siempre dejaron en las suyas el palpitar, el halago tibio de un pájaro que huyó. Y añade:

—Así sería mejor. ¡Sola y mía! ¡Cómo te querré! Volverás a ser la María Rosa de antes, la que yo quise allá, en el pueblo, la que me quiso a mí. ¿No ves nuestra alegría? ¡Figúrate!... ¡Encontrar a la María Rosa pequeñita, a la María Rosa hermana, a la que se dejaba caer en mis brazos al saltar los muros, al huir de las huertas! Decídetes. En el primer puerto desaparecemos.

Volveremos a América ¡adonde quieras tú! ¡Yo trabajaré por ti! Si hasta hora no arraigué en ninguna parte fue porque mi vida, sin ti, no tuvo objeto. ¿Qué dices? ¡Mírame! ¿Qué dices? Contesta.

La mujer llora, anonadada.

—¡No, no puede ser! ¿Y mis hermanos? ¡Yo no puedo abandonarles!

Al ver que María Rosa duda, Joaquín insiste con mayor ímpetu:

—Trabajaré también por ellos. Tú te has sacrificado demasiado. ¿Qué te pueden exigir más?

—Te engañas. ¡Si hasta en eso me equivoqué! ¡Los he educado para ricos, y ahora, a la mitad de la carrera, sería una crueldad dejarles! ¿Y qué podríamos hacer por ellos nosotros solos? Fue orgullo, fue cariño ¡qué sé yo! Pero me sentí tan desgraciada que creí que mi desdicha valía bien la felicidad de ellos. Ya que yo no puedo ser feliz —me dije— ¡que lo sean mis hermanos! ¿Y qué pensarían mis hermanos de nosotros? ¿Comprendes, comprendes ahora?...

Belzunce exclama, vencido: —Comprendo, sí...

Las últimas frases de María Rosa le dejan profundamente triste. Se queda en silencio y luego dice, como si hablara a solas:

—¡Es verdad! ¡Soy un pobre hombre! Tú y yo tenemos razón. ¡Y qué triste eso! ¡Qué triste que dos que se quieren tengan razón para dejar de quererse!

En el pasillo se oye la voz y el andar de una camarera que busca a Rosa. Rosa sale a su encuentro.

—¡Señora, señora, que vaya usted en seguida! ¡Corra usted!

XX

Tarde clara, tarde alegre. El corazón se dilata y brinca de gozo en el aire diáfano que hace adivinar las aguas azules, las aguas sin fin, más allá del horizonte. Hoy un amor sería feliz. ¡Cómo se aproximaría los labios a una boca querida! ¡Qué dulce el aletear de unas pestañas amadas! ¡Y qué halago el de unos rizos que el viento llevase y trajera! A pesar de sus cavilaciones, Joaquín Belzunce no puede sustraerse a este contento del aire y la luz.

Desde la toldilla de popa Soledad llama a Chin.

—Ven acá, don Visiones. Hay grandes noticias. ¿No sabes...?

-¿Qué?

—El americano ha hecho testamento. Ayer tarde le dio un soponcio. Estuvo a morir. Por la noche llamó al capitán y el capitán envió a buscar, como testigos, al inglés de las botas y a ese señor-tapón que es amigo tuyo. En la enfermería estuvieron más de dos horas. A Jacinto le faltó tiempo para venir a contármelo. Parece que el viejo no se fía de ti. Deja casi toda la guita a su mujer; pero con una condición: la de que no se vuelva a casar. Si tu prima se casa van los cuartos a la bruja de tu tía. Jacinto baila en un pie. «Rosa no se casará conmigo —dice— pero se casará con Joaquín. Total, igual.» Ahora quiere reconciliarse contigo. ¡Claro! Lo que desean es que tu prima y tú os entendáis cuanto más pronto mejor. ¿Eh? ¡Lo que es la vida! ¡Vaya!

—¡Es así! ¡Qué asco!

La conversación se interrumpe; la gaditana mira a Joaquín, y, al observar que éste pone cara hosca, añade:

—Pero ¡oye! ¿no decías que todo en ti era amor puro? ¿La ocurrencia del viejo te llega al alma? (Señalando el bolsillo portamonedas de Belzunce). ¿Ves? ¡Somos de barro! ¡O lo sois vosotros, los hombres! ¡Todos iguales...!

—No; tú sabes que yo no soy así. Aunque nadie me crea, me importa poco. En eso estoy tranquilo. Quise a Rosa antes de que ella viniese a América. Si yo hubiera podido entonces, no se casa.

—¿Estás seguro?

La pregunta ofende, y Belzunce se aparta de la gaditana. Soledad le sisea; insiste en seguir la conversación: ¡si fue una broma! Pero Belzunce, que no tiene deseos de hablar, sigue caminando, toldilla adelante, con el ánimo turbado. No acierta a leer claramente en sí. Y esta confusión es un malestar insufrible para su carácter, amigo de las determinaciones prontas. El recuerdo de su cariño desinteresado a Rosa le reconcilia, en cierta manera, consigo mismo. Pero esta indignación que ahora le asalta le hace dudar de ese desinterés suyo, que, al cabo y al fin, no es más que un recuerdo. ¿A qué engañarse? ¿A qué forjarse la ilusión de que el amor de María Rosa ha dejado de ser un imposible? Las condiciones impuestas por el americano representan un nuevo peligro para los proyectos de Belzunce, ¡el mayor peligro! Rosa las aceptará; vivirá para sus hermanos; no será de nadie. La salamandra se ha vengado. ¡Ah, el egoísmo del viejo, la gran miseria de la vida, que lucha por perpetuarse más allá de la muerte! ¿Egoísmo? Cada cual recurre a las armas de que se puede valer.

Anochece en largo crepúsculo dorado y sin nubes.

Sin darse cuenta, Joaquín va hacia proa. ¿Qué pensará Rosa? ¿Qué habrá resuelto? Belzunce se asoma por la puerta de la enfermería. El portier del dormitorio está corrido. Chin baja lentamente la escala. La alcoba se halla en sombra. En la sombra, tras de la cortina, estallan sollozos, y una voz anhelante repite:

—Jura! ¡jura!

XXI

La muerte ronda alrededor del americano. Los ojos del moribundo la columbran en los rincones de la enfermería, que, al acabar la tarde, se pueblan de fantasmas. El viejo se agita, busca instintivamente la posición recta y de espalda e instintivamente se vuelve de boca al colchón: le horripila verse largo y de cara al techo, como si contemplara su propio cadáver.

Sentada a la cabecera, Rosa no puede conciliar el sueño: así ha pasado la noche y el día. La salamandra aparece de rato en rato; mientras le es posible, rehuye quedarse a solas con la pobre Rosa. Jacinto no ha asomado por la alcoba del enfermo. A causa de la gravedad del tío, no pudo asistir al concierto de anoche, y para olvidar su dolor, se emborrachó en un jaleo íntimo, allá, en tercera.

En un cambio de postura, fija el enfermo los ojos en su mujer.

—¡María Rosa...!

Rosa, que permanece recogida en sí, con los párpados entornados, se acerca sobresaltada. El americano la coge con una mano por detrás del cuello, y le murmura al oído, en voz que no se sabe si ordena o suplica:

—Júrame, júrame que no te casarás...

Rosa no responde. El egoísmo del viejo; el recuerdo de sus injurias; el dolor de lo que acaba de hacer con ella, al disponer de sus bienes, matan en su corazón toda piedad. El silencio de Rosa exaspera al marido; la mano quema y se crispa, aprieta como una tenaza. Y María Rosa, de hinojos en tierra, llora ahogando los sollozos, sin intentar desasirse.

—Jura, jura...!

Joaquín Belzunce aparta de un manotazo el portier; desata a María Rosa de las garras del viejo; y, loco, sin saber lo que hace, la estrecha perdidamente entre los brazos, aspirando, en besos que sorben la vida, el aliento de los labios que tiemblan y el calor de las lágrimas que arden. En la cama, bajo las caricias que la sofocan, sobre el enfermo mismo, María Rosa languidece. El viejo le clava las uñas, forcejea por atraerla hacia él, por arrancarla del contacto maldito, por disputarla a la tempestad de cariño y de odio que, al fin, estalló. Pero no puede; se le acaban las fuerzas; intenta arrojarla al suelo, y no lo consigue; quiere gritar, y, como si algo se rompiera dentro de él, se engurruña y cae de espalda, abiertos los brazos...

XXII

¡Las dos, las tres! La noche no tiene fin. El cuerpo del americano reposa en la enfermería, bajo las lámparas eléctricas. En la habitación próxima, aisladas para siempre, tía Alina dormita suspirando y Rosa vela inmóvil, con los ojos secos, sin pronunciar una frase. Jacinto y el doctor charlan y fuman en lo alto de la escalera: empezaron hablando del difunto y han concluido por discutir las costumbres moras. Las portillas del dormitorio están abiertas y el portier se hincha y se levanta al paso del aire. ¡Aire de madrugada y de cámara mortuoria que aterece con el frío del primer día que no ha de lucir para los que se fueron ya!

Las cuatro. Las toca la campana del puente y las repite, como un eco, la serviola. En la claraboya azulea el alba lejana; en cubierta se desafían los gallos cantando. Bajan el doctor y Jacinto y detrás un contraamaestre y dos marineros: vienen a coser el cadáver.

Desde un rincón María Rosa adivina lo que ocurre en el dormitorio: Martínez reconoce, por última vez, al indiano; luego cesan los pasos; una voz dice: «¿Tú por ahí?» Y en la quietud de la alcoba, en la gran paz del barco, que va hacia el día, que le sale al encuentro, crujen las agujas al atravesar la mortaja. El crujir de la lona remueve las emociones: punto a punto, al cerrarse la tela, desaparece el muerto; punto a punto suben y se derraman las lágrimas en los ojos de Rosa.

—¿Quieres verle?

Es Jacinto, que anuncia el momento del último adiós. Rosa se levanta y cruza el umbral. El cuerpo de su marido parece mucho más largo.

Entre la lona sólo se descubre la cara lívida. Rosa se inclina a besarle, y al sentir la impresión de la frente yerta rompe en sollozos. Le despide con los primeros besos sinceros que en sus años de casados no pudo darle. La otra María Rosa, la mujer, no le quiso nunca; hasta le precipitó la muerte. Pero esta María Rosa que ahora le besa es la María Rosa agradecida, que, a pesar de tantas dudas, le fue siempre fiel...

A las cuatro pide Belzunce café y cognac. No ha podido dormir; ha pasado la noche en cubierta, la cabeza le duele, le arde la garganta: se ha fumado «hasta los dedos». No ha hablado con Rosa, ¡ni la ha visto! Rosa rechazó su abrazo al ver que tío Tomás se moría; no cambiaron ni una palabra; Joaquín huyó; nadie le vio salir. El recuerdo de la escena ¿no será un nuevo escrúpulo para María Rosa? Si se cree culpable, ¿no considerará el divorcio de ella y Joaquín como una expiación necesaria? Belzunce se siente fatigado, agotado: no quiere analizar más, ni suplicar, ni insistir. Se quedará en Canarias. Su determinación es firme. No le faltarán pretextos para despistar la maledicencia de a bordo: un negocio imprevisto, un telegrama, una enfermedad. Y si Rosa le quiere, que le siga: libre es. Belzunce arreglará con el sobrecargo la cuestión del equipaje. En Las Palmas aguardará. Y si Rosa no acude, aquélla es la ruta del África del Sur, la gran tentación del alma aventurera cansada de padecer. ¡Adiós el Italia, las torturas, las ilusiones imposibles! ¿Le quedan veinte años de vida? ¡Pues a vivir!

La mayoría de los pasajeros madrugan. Anoche, antes de acostarse, diéronse la consigna: «¡Hay que ver eso!» Y ahora, en los comedores, iluminados eléctricamente, comen fiambres, beben y ríen mientras esperan la ceremonia. Llegan unos vestidos de punta en blanco, dispuestos a asistir al entierro. Otros, los más, suben con el busto en camiseta, embutidos en sus abrigos, con el propósito de enterarse a distancia y volverse a dormir después. En una mesa la argentina mete sus dedos de muñeca, cuajados de anillos, en una copa, y rocía con agua unas flores para el muerto; flores de América que la argentina había apostado conservar, sin que se deshojasen, hasta Canarias. La mujer refiere las condiciones del pacto concertado con el primer oficial al salir de Buenos Aires. Escuchándola, un pasajero, malhumorado porque siente frío y no le sirven pronto el café, refunfuña y parodia a Bécquer —un poeta que él ignora si es castellano o *traducido*:

Mientras haya cursis en el mundo habrá poesía

El pasaje va hacia la cubierta alta. Los curiosos se aglomeran debajo del puente, donde se oye el taconear del oficial que ha entrado de cuarto. El hombre-pote sube corriendo. «¿Ya?» pregunta, y, sin aguardar a que le res pondan, se afana en llegar a la barandilla, convencido, por experiencia, de que la buena educación no es siempre compatible con la estatura. A la puerta de la enfermería, en un grupo de pasajeros, tía Alina gimotea, empeñada en asistir a la ceremonia, por ese prurito de exhibición que en los caracteres vulgares es el complemento del sufrir. El pasaje se entretiene en observarla, y, aburrido de tanto esperar, se impacienta.

Ya sacan al muerto. El pasaje y los tripulantes se descubren; cesan las conversaciones; los curiosos se apretujan; algunos tiran el cigarro, como si el fumar les impidiera atender mejor. Jacinto y un contramaestre colocan al muerto en una tabla apoyada en la borda e inclinada hacia la mar; un marinero amarra dos lingotes de plomo a los pies rígidos. Y bajo el cielo sin nubes, que conserva allá, en lo alto, una sombra de la noche, el capellán masculla el responso. Cerca del horizonte, camino del Sur, cruza un velero con la lona teñida en el sol que nace. En el botalón, tendido sobre el agua, los focos parecen ir solos, sin drizas ni esfuerzo, por el aire azul. El vuelo de las velas despierta ansias de liberación. Y en este amanecer puro, el muerto va serenamente hacia lo ignorado.

Acabó el responso. Ya cayó sobre el muerto la bendición última. El capitán mira hacia el puente y da una orden. Suenan los timbres, y en el silencio de la cubierta se hace otro silencio: el de las máquinas. La tabla se inclina, se inclina; el cuerpo se desliza, cae. El pasaje corre a la borda.

—Se ha vuelto —exclama triunfalmente el hombre-pote, que anoche aseguraba que los muertos arrojados a la mar se vuelven siempre hacia el barco.

El cuerpo se hunde, dejando en la sombra del agua un rastro de luz de luna. E instintivamente los pasajeros marchan hacia popa, con los ojos en las flores de la argentina, que se alejan flotando en el lugar donde el muerto desapareció...

—¿Las ve usted? - ¿Allí? —¡Más allá!

Se perdieron. El Italia reanuda su camino; el pasaje se desbanda; en el amanecer diáfano, en la alegría del agua y el sol, se abre la estela...

XXIII

En los mares de Canarias.

Diluvia. Desde los cielos de Europa vienen las grandes nubes, que recogieron, al pasar, la tristeza de las ciudades grises del Norte. Hace dos días que el trasatlántico avanza chorreando la lluvia, cabeceando pesadamente, mudo y oscuro, como un cuerpo muerto abandonado al acaso. ¡Dos días sin descubrir un buque, sin sentir la compañía del sol, sin ver de noche, allá, en lo alto de los mástiles, el vivir remoto de las estrellas! La lluvia ha disipado el buen humor a bordo. Al abrigo de la cubierta alta las inglesas dormitan su tedio, como esfinges, con el busto arrebuñado en sus chales de turista. Cansado de charla, de whisky, juego y lecturas el pasaje arrastra su esplín, en largo mutismo, por el bar y la biblioteca, por el desamparo de los comedores, prolongados, como un laberinto, en los grandes espejos. En la orilla de las literas, en las otomanas de los camarotes, a lo largo de los pasillos, y a la puerta del fumoir hay actitudes resignadas, interrumpidas a veces por gestos súbitos de desesperación. El inglés de los grandes trancos se hurga, con un mondadientes, sus botas recias. Un francés examina, tarareando horas y horas, las molduras de las vitrinas. ¡Quien más, quien menos, lleva la lluvia dentro del alma!

Al caer la tarde aparece una alondra. La trae una racha de viento entre la lluvia. Viene de las islas, perseguida y desorientada, tal vez, por los halcones; tal vez los vendavales del desierto la arrancaron del bando amigo y la empujaron hacia la mar. Vuela perdida en el aguacero, luchando contra las ráfagas huracanadas, que la dejan atrás del trasatlántico sin concederle siquiera el reposo en las jarcias, antes de perecer.

Jamás sostuvo el instinto de la vida lucha tan desesperada; jamás, como en este trance, se reveló la angustia de los pobres seres aniquilados por el mismo elemento que fue un día su amor y su fuerza.

Al fin consigue la alondra alcanzar el pescante de una falúa. Y entonces ocurre algo muy inhumano y muy de los hombres. Los pasajeros se arrojan a una persecución encarnizada tras del animal fatigado. ¡Se acabó el tedio! Es una carrera sin piedad entre gritos y brincos. Por la cubierta, por el entrepuente, por las escalas, las pasajeras lucen las piernas y los refajos. La alondra no se atreve a abandonar el Italia: salta de los botes a los bancos, de los bancos a las lumbreras, de las lumbreras a los obenques, mojada, sin fuerza, temblando, a punto de morir. Pero el pasaje, aburrido, no se apiada de ella; todos la quieren proteger; ninguno renuncia a divertirse, al cabo de dos días de fastidio y lluvia. Hasta que allá, al crepúsculo, cuando, rota una nube, el sol se derrama en el horizonte, la alondra, rendida, se entrega al viento y se queda atrás...

—¡Tonta! —exclama una inglesa, con acento infantil.

—Va hacia el sol —dice resueltamente un pasajero imaginativo.

Y añade un andaluz, mirando con sorna a la inglesa: —¡Quién fuese alondra pa cae en esas manos!

La inglesa le mira sin comprender y le vuelve la espalda.

* *

Y los pasajeros tornan a su mutismo y a su quietud. Los que se incorporaron, curiosos, en sus sillones, se reclinan y bostezan. No hay entre ellos curiosidad bastante para la contemplación ni sueño suficiente para dormir. La lluvia, monótona, repiquetea en la cubierta alta, y corre, y cae a chorros, a cada vaivén sobre las olas que pasan y suben hasta lamer las portillas. En horas interminables y por frente a la mirada absorta cruza la visión igual: las grandes mares florecidas en espuma que se persiguen, alcanzan y ruedan hasta el horizonte. Bajo la lluvia el mar parece más desierto; mar de naufragio que sugiere el temor de un abandono y de una muerte sin esperanza.

Huyendo de la lluvia, se acoge Belzunce al salón del piano. El salón está casi a oscuras, sin más luz que un reflejo ocre que llega de Poniente. Belzunce se deja caer en una otomana, en un rincón. Frente al teclado —que brilla en la sombra como la mandíbula de los gigantes devoradores de niños, de los cuentos azules— una extranjera preludia un motivo de Beethoven. Sus manos saltan sobre las teclas como dos palomas que ensayan el primer vuelo. ¿Alemana? ¿Yanqui? En ciertas actitudes la extranjera parece una niña; en otras, diríase que es una mujer ya hecha, agobiada por el hastío. En los trasatlánticos se hallan, a menudo, esos seres misteriosos que casi nunca se muestran entre los pasajeros, y que, de pronto, en un puerto de escala, desaparecen, dejando tras sí el rastro de una tragedia oculta. En la penumbra llora, deliciosamente íntima, la música sublime. ¿En qué nido distante lloró esta misma música bajo estas mismas manos? ¿Qué hombre buscó, conmovido, estos labios que ahora, sin nadie que los bese, se reflejan desdeñosos en la sombra del espejo?

Se eclipsa la luz de la puerta: es María Rosa, que viene, atraída por la música, después de haber presenciado la persecución de la alondra. Avanza sin hacer ruido y se sienta sin reparar en Belzunce. Y así, aproximados por la misma emoción y aislados en la oscuridad, atienden largo tiempo, mientras que afuera, en el horizonte, se apaga el día... En el artesonado del salón brillan cien lámparas; el entrepuente se ilumina también. La extranjera cierra de golpe el piano. Se va. Y Rosa y Belzunce se encuentran cara a cara. Joaquín se levanta y se dirige a Rosa:

—Vengo a despedirme. —¿A despedirte?

—Sí, lo he decidido: me quedo en Canarias. Se acabó. Mañana o pasado llegaremos. Tú resolverás. Soy y seré el que fui siempre. Pero no podemos prolongar esta situación nuestra: es demasiado ridícula y demasiado dolo-rosa. Te aguardaré en Las Palmas. Si no te determinas, no volveremos a vernos. Estoy cansado; me quedo atrás, como ese pobre pájaro con el que se han divertido éstos, hoy.

—¿Qué quieres que te diga, Chin?

—¿Yo? ¡Nada! No es cuestión de hablar, ni suplicar. ¿Para qué? En estas cosas del cariño uno se ha de persuadir a sí propio. De poco sirven las razones ajenas. ¡Si lo sabré yo! Adiós, pues...

Un grupo de pasajeras entra riendo y chillando. Traen a rastras al director del quinteto. Vienen a ensayar unos lanceros a la inglesa, «muy a la inglesa», según la argentina. Hace días que no se baila a bordo, y eso no puede ser. Al reparar en María Rosa las pasajeras se detienen y enmudecen, desconcertadas. ¡La viuda! Rosa advierte que su presencia agua la diversión; y agradecida y determinada a ser «ella misma» de hoy para siempre, les dice sonriendo, con la buena sonrisa suya, que le da razón antes de que hable:

—¡Oh, no! Ustedes han de bailar.

Y viendo que las muchachas dudan aún, añade:

—Ustedes no podrán decir que yo he venido al baile. Es el baile el que ha venido aquí...

XXIV

Se interrumpe la partida de tresillo: el hombre-pote y el inglés de los pasos recios se interrogan con la mirada; la argentina rompe a aplaudir alegremente. «¡Los equipajes, los equipajes!» Allá, a proa, resuena un motor de carga. La mujer echa los naipes sobre el tapete y corre a cubierta. Tras de la argentina van el inglés, el hombre-pote y Bel-zunce. Junto a una escotilla dos marineros han desfundado y prueban un motor. ¡Los equipajes! Es decir, ¡la tierra próxima!

En el entrepuente los pasajeros hormiguean y ríen. En los corrillos de los que van hacia Europa se organiza una expedición al campo. En un grupo de hombres solos un viejo verde indica con sigilo las señas de cierta calle y cierta casa de la ciudad. Los pasajeros que han de rendir el viaje en el Puerto de la Luz van impacientes de un lado a otro; suben a cubierta, bajan a la cámara, entran y salen de los camarotes. Desde primera hora han saldado sus facturas, han repartido propinas, han colocado los guantes, el paraguas y el abrigo en la litera; y, sin nada más por hacer, aguardan desasosegados la aparición de la costa...

En el entrepuente el segundo oficial indica a unas inglesas algo perdido en la lluvia. La mirada de las extranjeras sigue la dirección que el piloto señala.

-¿Allí?

—¿Dónde?

-¡Allí!

Allí está: es la isla. Se revela de pronto, alta y cercana, como un nubarrón más negro tendido sobre la mar, entre el chubasco. A popa, los emigrantes la acogen con larga gritería; agitan las gorras; alzan los brazos; cierran y abren las manos, saludándola y despidiéndose de ella a un tiempo, con ese ademán, primera gracia que al llegar a la vida aprendemos del Destino, bien sabe él para qué. Es la isla, que se cruza en el rumbo del trasatlántico después de tantos días de soledad; el puerto que de aquí a unas horas se quedará atrás, en pleno olvido.

Se desgarran las nubes, y allá, en el fondo de una dársena desierta, brilla la espuma de las olas al romper bajo un rayo de sol. El Italia avanza a lo largo de la isla; a veces, en los montes, se alcanza a ver, muy distante, un pueblo blanco; a veces el vapor cruza el rumbo de un falucho de pescadores, que navegan, medio dormidos, hacia una playa. En las barandillas el pasaje permanece en largo silencio de espera y asombro. A las cinco de la tarde se aclara algo el tiempo: se columbran las vegas, la ciudad, la catedral, el teatro, los caseríos montaña arriba. Más lejos, al sol que se pone, se distingue, la Isleta, y al pie de la Isleta, el puerto.

Pero la aparición dura un instante. El tiempo cierra nuevamente en lluvia; las montañas se borran. En el puente vibran los timbres; después un silbato; las banderas descienden de los topes, en vuelo lento; el tum-tum de las máquinas suena más pausado; el Italia orza mar afuera; se atraviesa frente a la isla, a esperar el amanecer para dar fondo.

La comida se prolonga sin bullicio. De sobremesa, en cuanto sale el capitán, estallan las censuras.

—¡Si estábamos en el puerto! —Vaya, ¡ha sido una cobardía!

—Así, con tantas precauciones, mando yo un acorazado.

—Se equivocan ustedes —dice el segundo oficial a la argentina, Belzunce y el inglés, que se han reunido alrededor de una mesa—. El no haber entrado esta tarde es mejor para ustedes, los que no se han de quedar en Canarias. Si hubiésemos fondeado hoy, mañana, de madrugada, habríamos estado ya en camino.

La argentina interrumpe:

—Sí, sí; tiene usted razón. Así podremos saltar, caminar por tierra firme, comprar flores, comer fruta fresca.

La boca de la argentina se entreabre golosa, como si saborease ya la fruta deseada. La mujer se vuelve hacia Chin —ese hombre, que es el único pasajero que no le ha hecho el amor a bordo!— y le dice:

—¿Y usted? ¿No está usted alegre?

Oh, sí: Belzunce se siente también alegre. Esta noche en el mar es un respiro. ¡Quién sabe si María Rosa se decidirá todavía! Desde ayer no se la ha encontrado en cubierta, ni en los comedores. Pero aún quedan horas; ¡tal vez en el salón de música, tal vez en el entrepuente...! ¡Quimeras! Con el deseo de levantarse muy temprano, el pasaje se retira a dormir. A las diez están desiertos el comedor, el salón de música, el entrepuente, el fumoir. El trasatlántico se mantiene sobre máquinas, a largas bordadas, lejos de la costa, frente a la ciudad, cuyas luces se extinguen. En un rincón de la cubierta Belzunce descubre un bulto: es un muchacho de la isla que vuelve después de años de ausencia. Hace días que apenas come, loco de inquietud por llegar al país. Al reconocer a Belzunce le saluda afectuosamente.

—Buenas noches, señor Belzunce. Ya me falta poco. A estas horas habrá concluido el paseo en la Alameda. Es domingo. ¡Ahora, a dormir! ¡Ellos! ¡Yo no! ¡Y en mi casa, que no saben que yo llego! Mañana llamaré a la puerta. Desde la galería del patio mi madre o alguno de mis hermanos preguntará: «¿Quién?» Y yo, disimulando la voz, contestaré, detrás de la puerta: «¡Paz!» ¡Figúrese, señor Belzunce!

La voz del muchacho tiembla de emoción. A Chin le hace daño esta alegría, que comprende y envidia, respetándola.

—Es usted un hombre feliz —dice, por decir algo.

Y continúa su paseo. Descorazonado y nervioso, baja a su camarote. Se tiende en la litera. La situación se prolonga demasiado; desfallecen sus energías; le dan impulsos de llamar al sobrecargo y decirle que no hay nada de lo dicho y que continuará hacia España. ¿Qué pensará María Rosa? ¿Qué significará este silencio y retraimiento suyos? Belzunce piensa, supone. ¡Y nada! ¡Otra vez solo en la vida, otra vez vuelta a empezar, a los treinta años! Cruza los brazos sobre los ojos, y siente que los ojos se le llenan de llanto. «No llores, Belzunce —se dice—; hay que ser hombre, hay que aceptar el mundo tal como es.» Y este estoicismo y esta renuncia al consuelo de sus propias lágrimas, que nadie ha de advertir, hacen que se sienta más solo y más digno de compasión. Hunde la cara en la almohada y rompe en sollozos en que el alma se le deshace...

Guardada la ropa en las maletas, empaquetados los libros y los enseres del uso diario, el camarote recobra, a la luz de las bombillas esmeriladas, el aspecto triste de un cuarto de hotel. Belzunce se empeña en dormir, apaga la luz, esconde la cara debajo de la almohada. ¡Imposible! De un salto se arroja fuera de la cama; sube al entrepuente: ¡nadie! ¿Y si llamara a la puerta de Rosa? Avanza por el pasillo y a mitad de él se detiene; torna sus pasos. ¡Hay que resistir!

Y otra vez en el camarote, se deja caer en la litera, vencido por honda desgana espiritual, y por una repugnancia casi física hacia él mismo y hacia la vida toda. No se oye ni una voz; de las entrañas del barco, sólo llega el golpe lento de las máquinas, y, de tarde en tarde, el crujir del barco al atravesarse a la mar en cada orzada.

XXV

Belzunce se incorpora. Por la portilla penetra la luz de la mañana. El trasatlántico va a todo andar hacia el Puerto. Chin se pone en pie; por el cristal divisa la tierra próxima bajo el cielo azul, sin una nube.

El cambio de velocidad despierta a todo el pasaje; en los camarotes cercanos ríen unos niños, más lejos una voz de bajo profundo canturrea una canción napolitana: algún burgués italiano que se enjuga los carrillos ante el espejo. Belzunce se lava a chapuzones, y mientras que arriba, en cubierta, muge la bocina pidiendo práctico, piensa, restituido a la realidad, a la «suya».

—¡Qué buen amanecer éste, si en mí despertara otro y no yo!

El pasaje se desayuna entre la algarabía de risas, cantos y bromas; alrededor de una mesa un grupo de mujeres sorben, a pequeños tragos, el té que arde; cambian saludos, consejos, apretones de mano; las miradas relucen alegres en el marco de los cabellos prendidos, de prisa y corriendo, al saltar de la litera; en una puerta del comedor el hombre-pote se columpia sobre sus piernas cortas de lado a lado, como un loro, los espejos devuelven la risotada de un señor obeso, y entre el ir y venir de los camareros trina el júbilo de los niños.

¿Y María Rosa? Chin no la encuentra en los comedores, ni en los pasillos de la cámara, ni en el entrepuente. El entrepuente, recién baldeado, refleja las siluetas del pasaje, a lo largo de la barandilla, de cara a la costa. A popa y a distancia, el caserío de la ciudad refulge al sol; por el borde de la mar corre un tranvía dejando en el aire sereno vellones de humo. El Italia avanza lento. En el agua muerta saltan los peces al paso de un remolcador que puja y arrastra una retahila de gabarras en cuya borda relucen los dientes de los cargadores, que regresan negros, borrachos de alcohol y de sueño, después de pasar la noche, metiendo carbón, atracados a algún trasatlántico. Al en cuentro del Italia salen los cambulloneros, toda una manta de botes y cachuchos abarrotados de tabaco, plátanos, naranjas y pájaros que cantan y revolotean en el desperezo de la mar. Se paran las máquinas y cae el ancla, y en el silencio que se hace a bordo —¡impresión de sordera fulminante!— llegan hasta el barco los rumores de tierra: cantares, martillazos, gritos. En el amanecer diáfano, purificada por la lluvia, la isla se ofrece...

A través del remolino de los pasajeros, Joaquín Belzunce corre desorientado, pasa por el salón de música, baja a la cámara, se mete por los pasillos, y, sin reparar en quién atrepella ni ofrecer excusas por sus desmanes, llama violentamente a la puerta de María Rosa. ¡Nada! Vuelve a llamar y tampoco le contestan.

Bien. El silencio es, a su modo, una contestación. Se va. La falúa a vapor aguarda, los pasajeros se impacientan, al aparecer Belzunce en lo alto de la escala, le ovacionan. Chin desciende, peldaño a peldaño, sin responder al saludo que tía Alina le envía desde el entrepuente, con la sonrisa hipócrita con que en vano ha querido reanudar las amistades desde que el indiano murió. No lleva Belzunce nada consigo: maletas y baúles irán en una lancha aparte; no necesita dar cuenta a nadie de su resolución. Pero él, para sí, se despide del Italia calladamente. Y al apartar la mano del costado del barco, al desatracarse, se le sube a la boca la saliva amarga que casi le ahogó de pena el día que besó los muros de la huerta donde dejaba a su madre, a quien no vio más.

La falúa se aleja a toda máquina. El Italia se queda allá, fuera de los muelles, emproado hacia el horizonte, con los portalones abiertos y las lumbreras brillando al sol. Un pañuelo tremola a popa. ¡Soledad! Chin se quita el sombrero y se despide. Y uno de los editores le tira suavemente de la americana y le pregunta, en chanza:

—Con que la andaluza... ¿eh?

XXVI

—Aquí —dice el mozo, y abre una puerta.

Belzunce se instala en el hotel, se lava, se viste de limpio, luego, temeroso de quedarse en su cuarto a solas con sus meditaciones, baja al hall; en el hall, sin gente, hojea unos periódicos, apoya los dedos en las teclas del piano, y, atraído por la luz de la mar, columbrada a través de los comedores en sombra, sale a los jardines. En una quietud de lagartos y como en una prolongación de la vida de a bordo, los huéspedes dormitan en las galerías anchas, tendidas sobre los árboles y los arrecifes por donde vienen las olas rompiendo desde lejos, en pleno sol. Desde las galerías se ve la Isleta, el Puerto, la dársena, y en, la boca de la dársena, el Italia coronado de humo...

—No espero, no. Es inútil. Esta vez no me equivoco —se dice Belzunce, empeñado en ahogar el optimismo que indefectiblemente renace en él, pasadas las primeras impresiones. Y, sin embargo, a cada tranvía o carruaje que se detiene a la puerta acude nervioso, esperando sin esperar. Almuerza y casi no prueba bocado. Mentalmente se repite las frases que escribió a María Rosa, por la estafeta del Italia: «En el Metropole estaré. Hasta las cuatro te espero. Si no te decides, si no vienes, no nos veremos más.» Y abajo, la firma: «Joaquín»; aquel Joaquín que, desde niño, en sus relaciones con María Rosa, significaba siempre, sustituyendo al Chin familiar, un disgusto, un momento grave en la vida de ambos.

Pasan las horas. Allá, en el Puerto, zumban las sirenas de los trasatlánticos a punto de partir. A medida que el tiempo pasa, aumenta el malestar de Belzunce. En todo el hotel no da Joaquín con una ocasión de distraerse en un lugar de reposo. El lawntennis le aburre, los diarios le cansan, la voz de una miss que tararea una jota en el piano le encalabrina los nervios. Y, sobre todo, el ruido de las rompientes, que le recuerdan sus días horribles en el Italia, y el clamor de las bocinas, que le dicen, desde lejos, que María Rosa se va. Belzunce se refugia en su cuarto, cierra el balcón, la puerta, se arroja en la cama, se oprime los oídos: no quiere oír las sirenas, ni las olas, ni el reloj...

A las cinco de la tarde ha desaparecido del Puerto el Italia; sólo se columbra una humareda en alta mar. Belzunce pide un coche para ir al casino, a la ruleta. En su espíritu se derrama ese sosiego, relajación de los nervios, que sobreviene a las soluciones, adversas o propicias, con que zanjamos cualquier conflicto doloroso. Quiere jugar, necesita algo que le excite y le vengue de su buena conducta que no le ha valido la recompensa que tanto anheló.

En la ruleta le sopla la suerte. Bajo sus manos se amontona el dinero. Juega empeñado en perder, torturado por la preocupación vulgar de que la fortuna en el juego y el amor es siempre contraria. Sin darse cuenta de ello, creyéndose desengañado, Belzunce espera todavía... Delante de él, una extranjera apunta y pierde impasible. Es una mujer hermosa: sus ojos grises fulguran como un acero forjado para herir, su escote inspira la tentación de un delirio de besos.

—La yanqui pierde: habrá juerga —dice una voz detrás de Belzunce.

Y sin escuchar los números que se canta ni ver el dinero que arriesga, se entera Joaquín confusamente de la historia de esa yanqui, que odia a los hombres y que sólo se rinde a trueque de poder seguir jugando.

La noticia de que la americana se queda sin dinero circula por todo el Casino. Poco a poco, desde las tertulias del patio, suben los viejos calaverones y los mocitos ebrios que vienen a disputarse la presa. A su espalda siente Belzunce el resuello de los que se cansan de esperar. Y un odio invencible le domina. Procura serenarse, tranquilamente, como una libertad permitida en el juego, simula un cambio, coloca delante de la americana un puñado de esterlinas y recoge un billete de veinticinco francos que la mujer conserva aún; Belzunce se guarda el billete y abandona el asiento; la yanqui le mira; él la saluda fríamente, y se va.

Y al salir se equivoca de puerta, y se halla en azotea de pretil tan alto que sólo se descubre el cielo. «Mejor. Así respiraré», se dice Belzunce. Por una escalerilla de madera asciende a lo alto de un mirador. A sus pies susurra el follaje de la Alameda, un mar dorado de hojas secas en las que cantan los pájaros y en las que la savia, nunca dormida en el clima benigno, renace una vez más en brotes nuevos. La sombra de la montaña próxima envuelve los caseríos del Risco y avanza, azul, por los terrados, hacia la mar, donde el último rayo del sol espera, cada tarde, los buques que recalán de Europa. Aquí, en medio de la ciudad desconocida, en la barabúnda de los pájaros y en la oscuridad que le anega, comprende Belzunce que la ilusión de su vida se acaba sin remedio. Cierra la noche: por entre el follaje sube el resplandor del alumbrado público y las notas —que quieren ser alegres y son tristes— de una charanga...

A las once Chin Belzunce regresa al hotel. Va borracho —lo que no consiguió con la ruleta lo alcanzó con el champagne— zarandeado en la tartana a lo largo de las calles desiertas, por el camino oscuro, a cuya orilla, a trechos, fosforecen las olas. En el vestíbulo del Metropole duerme el groom con la gorra derribada sobre la frente. Sofocado por el alcohol, Belzunce se arranca el cuello de la camisa, lanza el sombrero y entra en el hall tarareando los bailables de Faust. El hall está solitario, casi a oscuras, sin más luz que una bombilla que permite adivinar en los vidrios de la techumbre el parpadeo de las estrellas. Belzunce se detiene tambaleándose, eon la sensación de que crece y que el cráneo se le hincha hasta pegársele a las piernas, que se alargan. Al sentirse convertido en monstruo, rompe a reír, corre a un espejo, y, al encontrarse con una imagen muy distinta a la que él cree tener, se afana en cederle el paso, saludándola con iguales reverencias con que el otro le invita, desde el fondo de la luna... Belzunce se cansa de tantos cumplidos y empieza a hacer cabriolas grotescamente, hasta que, de súbito —¿fue la fatiga? ¿fue el aire de las playas? ¿fue el tiempo que pasó?— se le aclara el cerebro y se le despiertan en él las impresiones de todo lo que hizo y no puede olvidar. Al comprender que está borracho, al pensar en María Rosa, que va ya lejos, separada de él para siempre, al encontrarse solo, en esta indiferencia de los grandes hoteles, Belzunce busca un rincón donde sentarse, y se enguruña, y esconde la cara en las manos, sobre las rodillas, y llora, llora, tal vez con la ternura del alcohol, tal vez con aquella su piedad hacia sí mismo que, en el desamparo de su vida, es el único consuelo que le queda...

En la semi-oscuridad del hall —en la que los espejos parece que aguardan el beso de unos labios invisibles— unos brazos estrechan el cuello de Belzunce. Belzunce salta y se pone en pie, y retrocede: ¡María Rosa!

—¡Tú! ¿Pero tú?...

-¡Yo! ¡Sí!

—¿Y vienes?... ¿Vienes?

—¡Decidida a todo!

—¿Y tus hermanos?

—¡No renunciaré a nada!

—¿Y entonces?... ¡No me engañes!...

María Rosa, que presenció la llegada de Belzunce y que adivina las horas atroces que Chin ha sufrido, le tiende los brazos y le dice, resuelta:

—Ésos, los que mandan, ¿lo quieren así? ¡Pues así nos querremos!

El Terreno (Mallorca). Abril, 1909

FIN